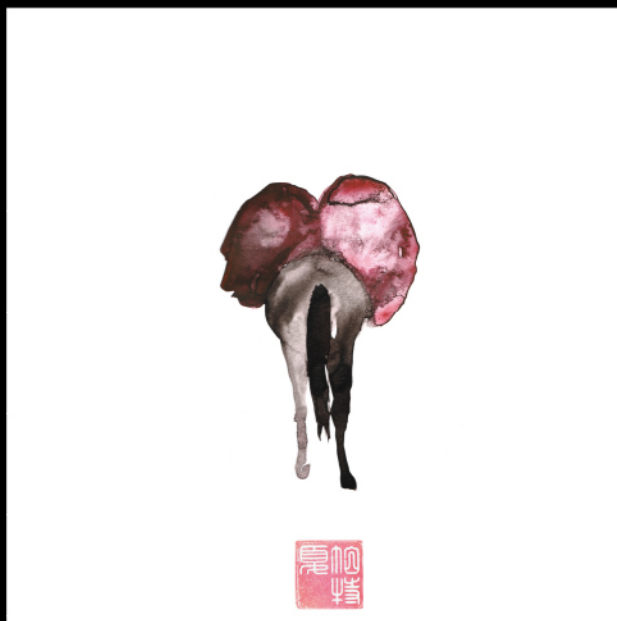




Mujeres escritoras y artistas en Antioquia

- 1** Editorial
Con la misma vara
Jenny Giraldo García
- 4** Adentro contra mundo
Margarita Valencia
- 8** Artes textiles, costureros de
mujeres y memorias del duelo
en Colombia y Antioquia
Sebastián Alejandro Marín Agudelo
- 13** Sonia Martínez... arquitecta
de su propio destino
Luz Patricia Vargas Vergara
- 19** María Martínez de Nisser: testigo
y protagonista
Érika Molina Gallego
- 24** Cantarina de la rosa
Primer premio y polémica nacional:
¿Mujer o masculinización del arte?
María Cecilia Ríos Mesa
- 27** Biblioteca de Escritoras Colombianas:
qué viene en la segunda entrega
Ana Lucía Barros
- De creación literaria**
- 32** El niño de la casa
Salomé Cantillo H.
- 36** El intocable
Gabriela García de la Torre
- 40** Un puñado de arena
Ana Catalina Córdoba Arango
- 47** Tres poemas de agua
Paloma Pérez Sastre
- 48** La caricia de una rosa
Ana María López
- 50** La templada
Marta Catalina Acosta Acosta
- 54** Morriña
Diana Marcela Muñoz Molina
- 57** Programación cultural



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 329 • Abril 2025

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior: Andrés Julián Rendón Cardona,
Gobernador de Antioquia

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrectora de Extensión: Ana Lucía Pérez Patiño

Comité Editorial: Lucía Arango Liévano (Directora), Doris Elena Aguirre Grisales (Editora),
Simón Puerta Domínguez, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacioneseextensioncultural@udea.edu.co

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria,
cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

Con la misma vara



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

En 1996 se publicó la antología *17 Narradoras Latinoamericanas*, en cuyo prólogo se señala que “uno de los fenómenos más sobresalientes que se ha producido en la literatura latinoamericana actual ha sido el surgimiento y el avance al primer plano de un dinámico y valioso grupo de mujeres”.¹ En 2008, en un ensayo corto titulado “*Gorjeos celestiales versus agudezas terrestres*”, la escritora Paloma Pérez se preguntaba por la voz de las mujeres en la literatura, “casi inaudible aun para las de su sexo”.² En 2025 se publica esta *Agenda Cultural* que, con ocasión del mes del libro y la lectura,

dedica sus páginas a darle continuidad a esta reflexión y a presentar textos de autoras que nos invitan a seguir explorando sus universos narrativos.

Es innegable que el tema, para algunos trasnochado y agotado, sigue siendo una conversación vigente. Hace algunos días, en la Fiesta de la Lectura y la Escritura de Chocó —Flecho— presencié una conversación en la que tres escritoras enumeraban una serie de factores que probablemente han incidido en el hecho de que hoy se lean más mujeres. Recuerdo tres: poner el

lente en la producción literaria de algunas, arrastrando con ellas el deseo y la fuerza de otras y, de paso, el interés de revistas literarias, eventos del libro y sellos editoriales; denunciar el acoso en las universidades y en los sectores culturales relacionados con el mundo editorial; y un creciente auge de talleres de escritura dirigidos por mujeres. Agregaría a esta lista una afirmación del editor español Juan Casamayor en una entrevista reciente en el periódico *El País*: “el boom actual es de lectoras antes que de escritoras. Hay un sentimiento de pertenencia y rebeldía que hace que las mujeres lean a otras mujeres”.³

Si la conversación continúa es porque seguimos con la necesidad de reforzar la presencia de las mujeres en la literatura, en el arte y en otros ámbitos en los que es sabido que se sostienen diferentes formas de discriminación para acallar las voces y banalizar los reclamos o perspectivas que tienen las mujeres. Sin embargo, este énfasis —e insisto en que es necesario— conlleva también un riesgo que no quiero dejar de mencionar. Suele hablarse de “literatura femenina” o de “arte femenino” encasillando a las mujeres en unas formas particulares de sentir y pensar, y en unos temas propios de ese universo: lo íntimo, lo doméstico, lo familiar.

Pero es innegable, y esto tampoco lo podemos desconocer, que las mujeres habitan realidades materiales muy específicas que pueden convertirse en material narrativo. Las violencias contra sus cuerpos, las maternidades, las mismas discriminaciones, los abortos, los cambios del cuerpo o el trabajo doméstico son algunos de esos “temas femeninos” de los que las mujeres también se han permitido hablar. Me toca citar a Lina Meruane porque ella misma

no recuerda quién lo dijo: “Las madres no escriben, están escritas”;⁴ de ahí la importancia que tiene la voz de una mujer escribiendo con total autoridad sobre esa experiencia humana que atraviesa a una gran parte de habitantes del planeta. Novelas como *El verano que mi madre tuvo los ojos verdes* (Tatiana Tibuleac), *Los abismos* (Pilar Quintana), *Apegos feroces* (Vivian Gornick) o *Lengua Madre* (María Teresa Andruetto) son unos pocos ejemplos de lo prolija y universal que puede ser una narración sobre la maternidad.

En el rescate de los oficios textiles y su incorporación al mundo del arte por parte, especialmente, de jóvenes artistas plásticas, que encontraron en las telas, los tejidos y los bordados formas de la expresión y la memoria, tan ricas en símbolos y complejas en técnicas como cualquier otro lenguaje artístico, han sido etiquetadas de forma despectiva como “abuelistas”, una manera de invalidar su trabajo, asumiendo que por tratarse de un saber “de abuelas”, que proviene de la intimidad de hogares y costureros, es un saber menor y un oficio poco merecedor de reconocimiento.

Así que sí. Hay temas que atañen a lo que podemos llamar el universo de las mujeres. Bien sea al que les corresponde por su condición biológica o al que se les ha atribuido por mandato social o cultural. Pero no es la única sobre lo que ellas pueden y saben escribir, no es la única experiencia vital que las atraviesa. Encasillarlas y separarlas del resto de la literatura, como si de un lado B se tratara, es el problema que mantiene vigente esta discusión. Esa es la trampa en la que no podemos caer, puesto que las mujeres son plurales y sus voces son diversas, se mueven en campos múltiples y la relación que establecen con

el entorno está atravesada por modos diferentes de entender sus contextos y vivir sus cuerpos. No estamos cortadas con la misma tijera.

Pero además de reconocer esa diversidad en la escritura, hay otro asunto que tampoco se nos puede escapar. Cuando las mujeres escriben literatura lo que están haciendo, así a muchos les sorprenda todavía, es escribir literatura. Y es con ese lente con el que deberíamos leerlas siempre. Luz Mary Giraldo señala que esta polémica es frecuente, entre otras razones, “porque más que revisar sus formas se analizan sus temas y contenidos buscando explicar época, lugar de origen o preocupaciones particulares de cada autora”,⁵ y las cualidades narrativas pasan a un segundo plano. Esta debería ser una exigencia que nos hagamos los propios lectores a la hora de acercarnos a cualquier texto de una autora: medirlas con la misma vara.

Dilemas éticos, el abandono y el fantasma de los espacios deshabitados, sueños, misterios y pesadillas, las obsesiones a las que nos conduce la violencia, paisajes y leyendas rurales, el cuerpo que envejece, y las imágenes o emociones que nos revelan los elementos de la naturaleza, son algunos de los temas que aparecen en las creaciones literarias de esta edición. Textos firmados por mujeres, nacidos en talleres de escritura locales, casi todos inéditos, y que dan cuenta del panorama rico y diverso que las autoras tienen por compartir.

Como complemento, los ensayos y los textos de carácter biográfico, no solo sobre el rol de las mujeres en la literatura sino en otros ámbitos de la creación, siguen el mismo hilo que ha pasado por muchas conversaciones, escritos íntimos, preguntas

de clubes de lectura y tertulias literarias. Que sean estos, también, resonancia para que lectores y lectoras podamos seguir ampliando nuestra mirada y nuestra escucha sobre esas voces que han permanecido mucho tiempo en la oscuridad y en el silencio y que hoy, aunque ya develadas y por varias décadas discutidas, siguen siendo motivo de búsquedas y reflexiones y tienen, todavía, mucho más por contar.

Referencias

- ¹ Acevedo, R. L. (1996). *17 narradoras latinoamericanas*, Cerlalc/Unesco.
- ² Pérez, P. (2008). Gorjeos celestiales versus agudezas terrestres en *Revista Universidad de Antioquia*, n.º 292, abril – junio, pp. 4-6.
- ³ Aguilar, A. (2025). Conversaciones a la contra / Juan Casamayor, editor: “El ‘boom’ actual es de lectoras antes que de escritoras”, *El País*, 19 de marzo.
- ⁴ Meruane, L. (2018). *Contra los hijos*, Random House.
- ⁵ Giraldo, L. M. (2010). *Cuentan. Relatos de escritoras colombianas contemporáneas*, Sílabas Editores.

Jenny Giraldo García

Comunicadora social – periodista, magíster en Estudios Humanísticos, creadora y tallerista de collage. Fundadora y participante del Club de Lectura Aurita López en 2022 y cofundadora de La Local Taller de Artes y Oficios.

Sobre las artistas autoras de las obras en este número

Patricia Bernal Cortés es publicista de la Universidad Pontificia Bolivariana, maestra en Artes plásticas de la Universidad de Antioquia y máster en Producción Artística de la Universidad Politécnica de Valencia, España.

María Clara Jaramillo es Comunicadora Social de la Universidad EAFIT.

Adentro contra mundo

Margarita Valencia

En algún momento en 1990 publiqué en la revista *El Malpensante* una columna en la que mencioné las circunstancias en las cuales había perdido la virginidad. Escribo esas palabras ahora, “perder la virginidad”, y me parecen tan ajenas como escribir “espero que te encuentres bien en compañía de todos los tuyos”. ¿Perder? ¿Los tuyos? Dudo mucho de que esas hayan sido mis palabras; pero estoy segura de que fueron las palabras que usó en su carta a la revista un hombre muy molesto conmigo (con la escritora): ¿por qué tenía que hablar de eso en público? Mario Jursich era el editor de la revista en ese momento, y publicó la carta en el número siguiente sin darme aviso. No sé qué hubiera hecho yo si me hubieran dado la posibilidad de replicar en ese momento. Seguramente nada. Pero el gesto de mi editor me pareció insolidario. Macho. Abandoné la revista.

Mi mamá habría estado de acuerdo con Jursich (y con el señor). A ella le parecía que yo escribía cosas que no se debían poner por escrito. Cuando terminé *Un rebaño de elefantes*, un libro que nació de las cartas que ella guardaba y que habla del cortejo de sus padres y de su infancia y adolescencia, le di una copia para que la leyera. “Muy bonito”, me dijo. “Pero eso no lo vas a publicar”.

Creí siempre que ese terror de mi mamá a dejar cosas por escrito se explicaba por su formación como abogada, pero cuando empecé a estudiar la recepción de los libros de Albalucía Ángel, a quien un periodista calificó en un titular de primera página como

“la desvirolada de Pereira”, me di cuenta de que el origen de su angustia era otro. Esa generación de mujeres, a quienes Simone de Beauvoir enseñó que la maternidad no es una gracia sino una servidumbre, y que llegaron a la mayoría de edad con la aparición de la píldora anticonceptiva, fue castigada y silenciada, en muchos casos brutalmente. Muchas de ellas eran brillantes, y estaban dispuestas a tomarse el mundo por asalto. Empezaron a ir masivamente a la universidad, invadieron el mercado laboral, decidieron dedicarse a escribir. Oí alguna vez una anécdota, seguramente apócrifa, pero absolutamente veraz. Una parienta mayor comentó que habría que quitarle la máquina de escribir a Helena Araújo, a ver si por fin se portaba como una mujer decente. Y en una entrevista que el crítico literario Raymond Williams hizo a Fanny Buitrago y a Albalucía en 1975 para un libro sobre escritoras latinoamericanas, las preguntas más relevantes fueron si Colombia era un país machista, si había feminismo en Colombia y si la fama de García Márquez era un verdadero obstáculo.

Así explica Joanna Russ el proceso de ignorar la literatura femenina:

La situación ideal sería una sociedad igualitaria en la que los miembros del grupo “equivocado” tienen la libertad de dedicarse a la literatura, pero no lo hacen. Eso demostraría que no pueden. Pero lo que sucede es que apenas tienen la más mínima libertad de hacerlo, lo hacen. El truco entonces consiste en hacer que esa libertad sea lo más nominal posible, y después –porque algunos insisten en

escribir — desarrollar una serie de estrategias para ignorar, condenar, o menospreciar las obras de arte que resulten de este ejercicio.¹

La lectura y la escritura fueron saberes excepcionales en Europa hasta bien entrado el siglo XVIII, casi siempre relacionados con la riqueza y la educación, o con un oficio.² Esta excepcionalidad se mantuvo en Colombia hasta bien entrado el siglo XX, y dada la escasez de muestras de escritura femenina, en las historias de la literatura y del pensamiento colombianos del siglo XX tendió a quedar establecida la idea de que las mujeres colombianas no escribían, o escribían muy poco. “Los motivos de la falta de participación de la mujer en la producción literaria del país son muy complejos y difíciles de precisar”, escribió Montserrat Ordóñez en 1995. “Están estrechamente relacionados con la historia de la misoginia en la literatura colombiana... El desprecio o el paternalismo de la crítica ha subvalorado los mundos y los temas a los que ella estaba antes reducida”.³

En el siglo XIX, los diarios y las cartas eran el espacio de escritura de las mujeres. Los hombres también escribían cartas y diarios, por supuesto, pero el espacio favorecido para las mujeres era ese. Investigadores como el francés Philippe Lejeune se dedicaron a rastrear estos diarios y leerlos. “La tarea de escribir los diarios era impuesta por razones morales y educativas”, nos explica Lejeune, “y la institutriz la supervisaba”. El profesor nos confiesa cándidamente que le cuesta trabajo leer estos diarios: “No puedo creer que la gente haya escrito esto en serio, o que los haya leído. En un momento de exasperación, pensé en un lenguaje formal estereotipado”.⁴

Lejeune no adjudica ningún valor literario a los cientos de diarios leídos, si bien se

entusiasma con “la progresiva liberación de estas jóvenes generalmente prometidas en matrimonio... y en busca de caminos más personalizados de autorrealización a través de la escritura o de actividades artísticas”.⁵ Pero el entusiasmo declina al constatar que “incluso cuando las jóvenes eran más independientes, la prudencia y las buenas maneras seguían siendo obligatorias. Para el lector no iniciado, las crónicas fácticas y los diarios espirituales siguen siendo relativamente opacos”.⁶

La observación irritada sobre el lenguaje formal (como si todas las formas de escritura no tuvieran exigencias formales), sobre la prudencia y las buenas maneras, sobre la opacidad del texto para un lector como él, me remite al estudio de Electa Arenal y Stacy Schlau sobre la prosa autobiográfica de las monjas novohispanas en el siglo XVII:

Las monjas escribieron sus Vidas desde una posición que era a la vez debilidad y fortaleza. Su fortaleza se derivaba de una larga tradición de mujeres religiosas que habían escrito y enseñado y se habían convertido en mártires o santas. La fortaleza provenía también de sus experiencias místicas (visionarias), de comunicación directa con Dios, la Virgen María y los santos. [...] El reconocimiento de su debilidad llevaba a practicar otras estratagemas: reconocer su ignorancia e incapacidad, señalar las omisiones presentes en sus escritos, la reclusión en espacios domésticos y estratagemas para obtener el permiso de “escribir”.⁷

Arenal y Schlau, dos mujeres, nos explican lo que Lejeune aparentemente es incapaz de entender: la posición desde la cual se escribe incide directamente en lo que se escribe. Esto es lo que está inscrito en el espacio social, escribió Josefina Ludmer en 1985: “[...] tocó a la mujer dolor y pasión contra



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

razón, concreto contra abstracto, adentro contra mundo, reproducción contra producción". Así que no basta con entender la posición desde la cual se escribe. También es relevante la posición desde la cual se lee, explica Ludmer: "Una posibilidad de romper el círculo que confirma la diferencia en lo socialmente diferenciado es postular una inversión: leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política, tal como se filtran en los resquicios de lo conocido".⁸

Hemos constatado en los últimos años que más que escasez de escritoras lo que tenemos es escasez de impresos. Están los archivos, los papeles privados, las cartas, los diarios, géneros marginales dentro de gé-

neros marginales, como los llama Carolina Alzate. Están las voces que nos van llegando a cuentagotas y que no nos llegaron milagrosamente, como diría el lugar común, sino que tuvieron un doliente que no las dejó apagarse, como es el caso de Francisca Josefa del Castillo y Darío Achury. Estos dolientes son, la mayoría de las veces, mujeres que guardan estos papeles, a veces amorosamente, a veces con descuido, a la espera de algo. Mujeres que encuentran en ellos una puerta de entrada a una tradición escritural que les está negada en otros espacios.

Escrituras íntimas o escrituras privadas: la insistencia en esta denominación sigue subrayando la subvaloración a la que se refirió

Montserrat Ordóñez e insinúa una división entre lo público y lo privado que en realidad no era tan tajante, tan inexpugnable.

La pintora Margarita Holguín y Caro, ella misma víctima del silencio, reunió en una edición privada, *Los Caro en Colombia*,⁹ muchos de los papeles de su familia: “Los papeles ... se publicaron en la esperanza de que los profundos sentimientos tan noblemente expresados en ellos sirvan de estímulo y de ejemplo a las nuevas generaciones descendientes de los Caros”. Entre los textos que aparecen en este libro se destacan el diario escrito por su madre a los dieciocho años, cuando se enamora de Carlos Holguín, y la correspondencia entre su abuela, Blasina Tovar, y su abuelo José Eusebio Caro.

Las escritoras de mi generación, como las de la generación anterior, tuvimos muy pocas predecesoras a quienes emular o destruir. Compartíamos con nuestros colegas la sensación de asfixia que caracterizó a esta “generación emboscada”, como la llamó Julio Daniel Chaparro. Muchas escribíamos crítica literaria, y unas pocas, columnas (ya hablamos de eso) y ensayos (un género donde se pueden eludir las marcas de género si queremos hacerlo). Aprendimos a sobrevivir en el mundo laboral comportándonos como hombres y entramos al mundo de la academia por la puerta que nos abrió la generación anterior. Empezaba el boom de la escritura académica, tan llena de fórmulas y de formalismos, tan castrante en sus exigencias, que no puedo evitar pensar que había una intención explícita de impedir el acceso a la república de las letras.

Hace poco me encontré con una vieja amiga que me preguntó si estaba escribiendo. “Escribo mucho”, le contesté, “todo el tiempo estoy escribiendo”. “Pero ¿libros?”. Libros,

no. Nunca he escrito libros. “Editora, traductora y crítica literaria”, dice inevitablemente el párrafo que producen las oficinas de comunicación cuando les toca. A veces añaden que soy docente e investigadora; nunca, que soy escritora. Yo tampoco me defino a mí misma como escritora. Quizás porque nunca logré sacudirme el síndrome de impostora que nos aqueja a tantas. Quizás porque creo, como Ulises Carrión, que uno no escribe libros sino textos. Quizás porque el campo literario está cambiando tanto y a tal velocidad que no tendrá mucho sentido seguir peleando por un espacio para las mujeres si perdemos la lucha por el arte.

Referencias

- ¹ Russ, J. (2018). *How to Suppress Women's Writing*, University of Texas Press, Kindle Edition, Traducción personal de Margarita Valencia.
- ² Lyons, M. (2016). *La cultura de la escritura de la gente común en Europa, c. 1860-1920*, Ampersand, p. 91.
- ³ Montserrat Ordóñez, M, Alzate, C., Osorio, B. y Restrepo, B. (eds. y comps.) (2014). *La escritura, ese lugar que me acompaña*, Universidad de los Andes, p. 91.
- ^{4,5,6} Lejeune, P. (2009). *On Diary*. Jeremy D Popokin & Julie Rak (Eds.). University of Hawai'i Press, p. 62.
- ⁷ Electa Arenal, E, y Schlau, S. (1989). *Untold Sisters: Hispanic Nuns in Their Own Works*, University of New Mexico Press.
- ⁸ Ludmer, J. (1983). Las tretas del débil en González, P. y González, E. (eds.). *La sartén por el mango*, Ediciones Huracán.
- ⁹ Holguín y Caro, M. (1942). *Los Caro en Colombia, de 1774 a 1925: su fe, su patriotismo, su amor / papeles de familia ordenados por Margarita Holguín y Caro*, Editorial Antena.

Margarita Valencia es escritora, editora, traductora, crítica literaria, investigadora y docente. Ha publicado los libros *Un baño de elefantes* y *Palabras desencadenadas*, además de varios libros en colaboración.

Artes textiles, costureros de mujeres y memorias del duelo en Colombia y Antioquia

Sebastián Alejandro Marín Agudelo

8

Profundamente ligados a las dinámicas sociales, culturales y políticas, los textiles van más allá de su función práctica y estética: reflejan intercambios grupales, afectos y subjetividades en contextos específicos. A diferencia de otras especies que trabajan con fibras, los humanos han desarrollado técnicas textiles complejas y diversas. Su historia muestra avances tecnológicos y una rica producción cultural que han moldeado identidades y expresiones. Desde tapices medievales hasta trajes tradicionales, los textiles combinan funcionalidad y simbolismo, reflejando tradiciones, estatus, religión y costumbres a través de colores, técnicas y materiales especializados.

Los textiles prehispánicos representan una diversidad de técnicas y estilos desarrollados por distintas culturas americanas antes de la llegada europea. Más allá de su uso cotidiano, eran símbolos de estatus, usados en rituales y comercio. En Mesoamérica, olmecas, zapotecas, mixtecas y mexicas perfeccionaron el telar de cintura y el uso del algodón con significados sociales y rituales y en los Andes, paracas, nazcas e incas destacaron por técnicas avanzadas como el brocado y los quipus. Culturas como tiwanaku, aimaras, quechuas, mapuches, muiscas, zenúes y tairoanas dejaron un legado textil con patrones geométricos y significados culturales. Y hoy, comunidades como los wayúu y ar-

huacos preservan estas tradiciones como parte de su identidad y resistencia cultural.

En la actualidad, en América Latina artistas textiles combinan técnicas tradicionales con enfoques contemporáneos, así como las escuelas de arte, en Colombia y el mundo, reconocen al arte textil como un lenguaje autónomo que conecta con una matriz ancestral. A través del tejido, el bordado y materiales no convencionales, los artistas abordan temas políticos, sociales y personales. El diseño textil experimental amplía sus límites mediante tecnología digital y técnicas mixtas. Bienales como las organizadas por la World Textile Art (WTA) resaltan su versatilidad y su capacidad para simbolizar identidad, historia y resistencia en la sociedad.

Mujeres en las artes textiles en América Latina y en Colombia

En diversas culturas, las mujeres han sido y son guardianas de las tradiciones textiles; tales los casos de las zapotecas en Oaxaca, las tejedoras Teenek en México, las aimaras en Chile, las rurales en Uruguay y las mapuches en Chile y Argentina. Estas prácticas transmiten saberes ancestrales y refuerzan su papel en la preservación del arte textil. Por eso, hoy las mujeres utilizan

el textil como un lenguaje narrativo para promover tradiciones y cuestionar el poder. Artistas como Violeta Parra y Cecilia Vicuña han desafiado relatos coloniales: Parra amplió la representación indígena en Chile, mientras que Vicuña reinterpreta los quipus incas para evocar memoria y resistencia.

Artistas contemporáneas como Mercedes Azpilicueta, Sarah Zapata, Teresa Margolles y Margarita Cabrera emplean el textil para abordar la identidad, la memoria y la denuncia social. Azpilicueta visibiliza mujeres marginadas, Zapata reflexiona sobre la pérdida histórica en sus tapices, Margolles denuncia la violencia de género y Cabrera explora la migración y la identidad en proyectos colaborativos. Judy Chicago, con *Birth Project*, destacó el parto desde una perspectiva feminista, mientras que Sheila Hicks fusiona técnicas textiles de diversas culturas prehispánicas.

En Colombia, además de fundar la WTA, Pilar Tobón ha innovado con fibras y metales, impulsando el arte textil globalmente. Olga de Amaral ha sido clave en este campo en Colombia, al incorporar oro en sus obras como referencia al arte precolombino y como lenguaje propio; fundó también el *Taller de tejidos* de la Universidad de los Andes. Johana Calle, en *Têxteis*, amplió la noción de lo textil explorando líneas y signos. Artistas como Andrea García, Marta Álvarez y Tatiana Escallón abordan diversos temas, experimentando con técnicas como la escultura, la cestería, la orfebrería, así como la interacción entre luz y sombra.

El textil contemporáneo se ha transformado, en ese sentido, en un medio fundamental para resignificar lo cotidiano, fusionando

técnicas tradicionales con expresiones artísticas diversas. Ha trascendido su origen doméstico —donde fue marginado por la exclusión de las mujeres— y se ha establecido como un lenguaje de comunicación y expresión en las artes plásticas y visuales. En Colombia, desde mediados del siglo xx, los tapices dejaron de ser vistos como artesanía, para ser reconocidos como obras de arte, incorporándose incluso en programas académicos como los de la Universidad de los Andes.

Prácticas textiles, costureros de mujeres y memorias del duelo

El arte textil en Latinoamérica, especialmente entre comunidades de mujeres, se ha consolidado como un medio de resistencia y subversión en el ámbito doméstico y público. Este fenómeno, denominado “activismo textil” por Rafael Climent-Espino, se vincula con el craftivismo y ha estado presente en manifestaciones y protestas a lo largo de la región. Técnicas como el tejido y el bordado han servido para narrar historias, transformar el dolor en arte y preservar la memoria histórica. Por esta razón para Cecilia Vicuña el uso del textil representa un acto de resistencia poética contra la dictadura de Pinochet (1973) y en este contexto surgieron las arpilleras como símbolos de lucha, expresión política y memoria colectiva, denunciando violaciones a los derechos humanos. La intervención colectiva de las mujeres chilenas dotó al textil de nuevos valores y significados, transformándolo de un objeto funcional en un poderoso medio de testimonio, un dispositivo de memoria y un lenguaje con una intencionalidad y recepción específicas.



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

Los casos más emblemáticos de iniciativas de costureros de mujeres en Colombia, documentados por diversos trabajos, aunque no son los únicos, son, por ejemplo, las Mujeres tejiendo sueños y sabores de Mampuján en Bolívar, Artesanías Guayacán en Bojayá (Chocó), Artesanías Choibá en Quibdó (Chocó). En ese sentido, el Archivo Digital de Textiles Testimoniales (2024) ha identificado cerca de treinta iniciativas de diversos costureros de mujeres que se han venido constituyendo, especialmente a partir de los Acuerdos de Paz de 2016, en distintas regiones y departamentos del país, como Antioquia, Bolívar, Cauca, Cundinamarca, Chocó, Putumayo, Nariño y Valle del Cauca, que configuran una red de tejedoras por la memoria y la vida a lo largo del territorio colombiano.

Como en otras regiones de Colombia, en Antioquia, se han desarrollado múltiples proyectos de memoria colectiva impulsados por administraciones locales, organizaciones civiles y comunidades víctimas del conflicto. Estas iniciativas incluyen murales, obras de arte de diversos lenguajes, entre ellos el textil, así como actividades culturales y eventos conmemorativos para preservar la memoria y fomentar la reconciliación. El Repositorio Digital de Textiles Testimoniales del Conflicto Armado en Colombia identificó veinticinco proyectos en Antioquia, en municipios como Medellín, Sonsón, Argelia, Nariño, San Francisco y Frontino. Estas prácticas textiles han generado espacios de sociabilidad y memoria colectiva, fortaleciendo comunidades emocionales, esenciales para la cohesión social, como lo propone Myriam Jimeno. A través del arte textil, los colectivos de mujeres han documentado injusticias, honrado a las víctimas y promovido el empoderamiento, la justicia y la No violencia.

Para el caso de Antioquia, algunos de los costureros de mujeres son el colectivo Tejedoras por la Memoria de Sonsón, Costurero Tejido, Memoria y Salud Mental, de Argelia y Medellín, o los de la Asociación de Familiares Detenidos y Desaparecidos ASFADDES y las Madres de la Candelaria, también en Medellín. Cada una de estas iniciativas están conformadas por mujeres de diversas edades y contextos, que dan cuenta de esta práctica artística latinoamericana en el contexto antioqueño. El caso de Sonsón, por ejemplo, da cuenta de la resiliencia del municipio y de su historia y trayectorias, atravesadas por la violencia y el conflicto. El colectivo de mujeres locales, conocidas como el costurero Tejedoras por la Memoria, utilizan sus habilidades en el tejido para preservar y transmitir las historias de sus vivencias a través de sus creaciones textiles. El Salón de Memoria de la Casa de la Cultura de Sonsón indica la existencia de entre treinta y cincuenta de estas creaciones textiles, producto de la participación colectiva de las tejedoras, vinculadas a emociones y afectos, una memoria visual, corporal y espacial.

Las materialidades textiles combinan elementos textuales y visuales para configurar universos simbólicos que integran significados y tradiciones. El conflicto se representa mediante palabras e imágenes que evocan experiencias dolorosas como “cárcel”, “desplazamiento” o “secuestro”, reflejando traumas cuyas causas estructurales y económicas aún persisten. Estos universos simbólicos se vinculan con el mundo andino antioqueño a través de ríos, praderas, fincas y figuras humanas con sombreros, evocando el contexto biocultural de Sonsón y del oriente antioqueño. Así, expresan tanto la vida campesina como las disputas por la tierra y los recursos naturales, resaltando

su papel en el conflicto armado y la violencia en comunidades rurales.

El textil se convierte en un testimonio del duelo que reivindica luchas sociales, derechos, memoria y cuidado, en sintonía con la ontología corporal de Judith Butler, en tanto que, en su manufactura intervienen aspectos físicos, psíquicos, emocionales y sociales, que permiten el reflejo de simbolismos, significados y tradiciones familiares, así como el reconocimiento de un “poder ser” como forma de persistencia ante la violencia. Como arte, el textil facilita una comunicación no verbal que expresa emociones profundas, fomenta la comunidad y la sanación colectiva, y tiene un valor terapéutico en el tratamiento del trauma, especialmente para mujeres víctimas de violencia.

Notas finales

A partir de diversas prácticas artísticas y culturales, ritos y materialidades emergen reflexiones que representan y narran, tanto la vida, como la esperanza en la paz. Las arpilleras, por ejemplo, han sido herramientas poderosas para las mujeres relatar sus experiencias de violencia y resistencia en diversos territorios y contextos. Esto da cuenta del vínculo entre las experiencias de dolor y el papel del arte y de la memoria histórica en la reconstrucción del tejido social, al destacar la dignidad de sus creadoras. Las prácticas artísticas testimoniales tienen un significado profundo en los mundos comunitarios, en tanto han funcionado como espacios de sociabilidad colectiva y de expresión de los recuerdos.

Es por eso que los textiles, como *testimonios duelados*, no poseen valor utilitario o estético,

sino que al representar la amenaza a la vida y a la existencia, la indignación ante la pérdida de las vidas que se lloran, reconocibles o dignas de duelo propician intercambios grupales, afectos y subjetividades, femeninas en este caso, que dan cuenta de cómo se procesan y transforman las experiencias traumáticas. De ahí que, el vínculo que crea el hacer textil de las mujeres es de una conciencia colectiva, asociada a distintas esferas de la vida social, como la política y el género. Mediante los textiles, las mujeres rememoran a las víctimas y resaltan la injusticia, una responsabilidad compartida que procura la cohesión social, mediante la colaboración, las redes de apoyo y los lazos comunitarios.

Referencias

- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Editorial Paidós.
- Climent-Espino, R. (2022). Giro gráfico y activismo textil: el bordado como testimonio político en dos asociaciones craftivistas brasileñas en *Revista CS*, 38: 16-48. <https://doi.org/10.18046/recs.i38.5050>
- González, I. (2019). Repositorio digital para la documentación de textiles testimoniales del conflicto armado en Colombia. Trabajo de grado para optar al título de maestría en Ciencias de la Información. Universidad de Antioquia: Escuela Interamericana de Bibliotecología. Disponible en: <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/16377>
- Jimeno, M. (2001). El giro emocional y las experiencias de violencia en Blog de Myriam Jimeno disponible en: <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2021/01/El-Giro-emocional-y-las-experiencias-de-violencia-final.pdf>

Sebastián Alejandro Marín Agudelo es archivista y especialista en Literatura Comparada, estudiante de la maestría en Antropología de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.

Sonia Martínez...

arquitecta de su propio destino

Luz Patricia Vargas Vergara

*Para soñar jardines de flores caprichosas
Tengo tus manos sabias
Que retiran la espina y me entregan la rosa.*

Sonia Martínez

En un ambiente familiar sensible a las artes y, a una corta edad, Sonia Martínez Arango comenzó a ilustrarse en solfeo y guitarra y fue la parentela paterna la que le marcó, desde muy niña, su inquietud por adentrarse en la música.

Acatar los roles de género y las pautas culturales asignadas a las mujeres casadas no la desligaron de su interés por la música, actividad que unió a su ambiente familiar y social más próximo. Su constante y rigurosa inquietud por el lenguaje fueron el sello de su exigencia por ahondar en el conocimiento de la palabra y la creación artística. Organizó y participó en agrupaciones musicales conformadas con personas cercanas con las que recorrió escenarios en Colombia, Cuba y Puerto Rico y en los que presentó sus composiciones escritas cuando ya era una artista sexagenaria, experimentada y premiada.

Si bien dudó en algunos momentos, de su talento como compositora, múltiples voces externas la aguijonearon a desarrollar sus búsquedas con la escritura de bambucos, pasillos, boleros, vales, entre los diversos géneros que exploró. Su pasión por la música, su rigurosidad y la consistente disciplina le dejaron al repertorio musical

colombiano más de cuatrocientas composiciones, además incontables poemas, monólogos y guiones teatrales humorísticos.

Despierta Sonia muy de mañana...

El miércoles 30 de julio de 1930 a las seis de la mañana nació en Medellín Sonia Margarita del Perpetuo Socorro Martínez Arango. Segunda hija del matrimonio compuesto por Luis Martínez Echeverri y Ángela Arango y hermana de Luis Fernando, María, Gilberto, Sergio y María Cecilia. Los Martínez Arango tenían solvencia económica. El padre fue médico pediatra y se destacó como un dirigente político conservador que en dos oportunidades ocupó el cargo de secretario de Educación de Antioquia. La madre fue hija única de la pareja conformada por Antonio José Eduardo Arango Lalinde y Berta Restrepo, dos personalidades de la alta sociedad de comienzos del siglo pasado, quienes perdieron parte de su fortuna durante la gran depresión del año 29.

Las historias familiares coinciden en señalar que el virus musical habría sido inculcado por parte de su padre y de sus tíos paternos, quienes interpretaban diversos instrumentos de cuerda en las frecuentes reuniones familiares. Luis Martínez, su padre, había conformado una murga con sus hermanos para deleitar los encuentros jaraneros de la parentela: uno tocaba tiple, otro guitarra y, de oído, interpretaban diversos

aires con el acompañamiento del abuelo pianista. Como desde muy pequeña Sonia empezó a revelar su talento musical, ingresó a estudiar guitarra en la academia de Gabriel Mejía, quien, junto a su esposa belga, Margarita Connick, crearon el lugar donde eran instruidos musicalmente los hijos de las familias pudientes de la ciudad al finalizar la década del 30 y comienzos del 40.

La música “me electrocutaba”...

En la primera etapa de su educación, Sonia Martínez pasó por varios colegios de origen religioso de Medellín y Bogotá, instituciones en las que cultivó y demostró tres de sus talentos: interpretó la guitarra, cantó y bailó y, quizás, más importante, temprano en su vida venció el pánico escénico y se familiarizó luego, sin complejos, con los públicos y con las tarimas.

Ni la práctica asidua ni los halagos por su aptitud desenfadada fueron suficientes para retener su interés en la formación de la guitarra y la música clásica y muy pronto viró su deseo por el conocimiento a la música popular con aires sonoros, asimilados junto a su abuelo cuando este encendía la vitrola y la radio. Ya en la adolescencia y al rondar los dieciocho años fueron los profesores Rufino Duque y Virgilio Pineda quienes, a través de clases particulares, incidieron en la siguiente etapa de su educación artística.

Bien cabe destacar que, para la época, las familias que contaban con los recursos económicos suficientes complementaban la educación de las hijas con clases de música, actividad permitida porque se consideraba una función sensitiva y delicada para ser ejercida por mujeres, dado que exaltaba su

feminidad y les abría la posibilidad de ser candidatas adecuadas para un matrimonio. Adicionalmente, en los currículos de los colegios de la época, además de programas como escritura, lectura, dibujo geométrico, religión, geografía universal y de Colombia, estaban incluidos el bordado, la costura e incluso el inglés y el francés como cursos pagos opcionales.

La ocupación en música se incluyó en los oficios aceptados para mujeres por la sociedad de entonces. Fueron labores legitimadas en el Código Civil de 1873, diez años después de la promulgación de la Constitución de Rionegro, de corte liberal. En la norma colombiana se indicaron los trabajos autorizados para ser ejercidos por las mujeres casadas: directora de escuela, nodriza, obstetra y actriz, en la idea de que apoyaran la economía del hogar. Estas tareas se ejercerían siempre y cuando la esposa tuviera la autorización del esposo y que, al practicar oficios por fuera de la casa, no se menoscabara el modelo de mujer “reina del hogar”.

Es decir, si bien en el periodo decimonónico en los países donde hervía la industrialización estaban abiertos los debates que ponían a la sociedad a repensar las relaciones de hombres y mujeres en ámbitos públicos y privados, en Colombia estos marchaban a un ritmo inverso al acelerado crecimiento de la producción manufacturera.

En su etapa juvenil, Sonia escuchó la música que programaban las emisoras y presentaban los radioteatros: pasillos, boleros y el filin, un género que en los años cuarenta llamaba la atención en Latinoamérica por exponer un estilo propio hecho por compositores cubanos con armonías distintas a las usuales del bolero. Ella recordaba que

en ese periodo oía las canciones, tomaba su guitarra y de inmediato comenzaba a replicar sus acordes y, para redondear la evocación, cuenta que años después escuchaba, de forma repetida hasta encontrar las notas precisas, un casete con temas de José Antonio Méndez, el compositor cubano representativo del género.

Sonia tiene rimas

En 1948, Sonia fue a New Jersey, en el estado de Nueva York, a estudiar secretariado bilingüe en Montclair con el fin de prepararse para ejercer con competencia una de las pocas actividades profesionales que en ese entonces podrían garantizar un empleo para las mujeres.

En 1950, al retornar al país luego de sus estudios en Nueva York, Sonia rápidamente es enganchada en el First National City Bank, entidad financiera donde laboró durante cinco años como secretaria ejecutiva de la gerencia hasta su retiro en 1955, año en el que se casó con el cardiólogo Alfonso Aguirre Ceballos. Concibieron cinco hijos: Luis Alberto, Andrés, Juan Carlos, María Piedad y Pablo. En ese periodo, y para disponer de herramientas que le permitieran escribir música, no solo de oído sino con base en una formación académica, cursó cuatro semestres de armonía en la Escuela Superior de Música.

De su etapa de crecimiento, los descendientes recuerdan a una mujer que, a la usanza de la tradición antioqueña, se ocupaba de cuidar el esposo y a los hijos, de administrar la morada y de tutelar la educación de la prole, pero también fijaron en la memoria la alegría de la madre, su contagiosa pasión por la música, por el baile, por la lectura,

por las artes escénicas. Ella los vinculó a la diversidad de intereses artísticos de los que se nutrió: organizaba espectáculos familiares, montaba obras de teatro y disponía de un completo vestuario para obras cómicas y de teatro infantil.

Parecía lógico, además, que el amor de Sonia por la música, y en particular el conocimiento y los aprendizajes que venía acumulando durante décadas, fueran compartidos con sus niños y los hijos de personas cercanas. Precedida por la imagen de artista rigurosa, una empresa de la ciudad la invitó a grabar canciones infantiles para obsequiar discos en navidad. El grupo, conformado por cuatro de los hijos y otros pequeños alumnos se llamó “Los Telestellitas” y, si bien lograron grabar cinco discos, el conjunto duró poco porque las voces infantiles comenzaron a cambiar al entrar sus miembros en la adolescencia.

Una de las diversas facetas artísticas desarrolladas por Sonia fue la de crear música para las obras de teatro dirigidas por su hermano Gilberto Martínez, fallecido el 24 de marzo de 2017. Médico cardiólogo de profesión, ensayista y dramaturgo, Martínez fue profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y director de La Casa del Teatro de Medellín.

Gozar haciendo gozar

En los años 70, Sonia Martínez integra, junto con Óscar Lince Restrepo, con Fabio Bernal y Gilberto Restrepo el conjunto Los Cuatro Géminis, encargados de hacer la parte musical del Circo Tangarife del Club Campestre. Óscar Lince fue delegado durante varios años del Festival Mono Núñez. Él motivó a Sonia —más de dos décadas después—, a acercarse a la música andina



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

colombiana y a llevar a este certamen las letras escritas para este género.

En 1976, el compositor chileno Mario Gómez Vignes la convoca a participar de *El Quinteto*, un grupo vocal que interpretó madrigales, romances, canciones españolas y religiosas. Estuvieron activos hasta 1981.

De manera paralela a su intensa vida familiar y social, Sonia dictaba clases de guitarra todas las tardes de la semana en un rincón de su casa habilitado como aula musical. Por allí pasaron la cantautora Claudia Gómez y sus amigas contemporáneas en el colegio Los Pinares Pilar Posada, Anita Echavarría y Ángela Restrepo, a quienes, tiempo después, Sonia invitaría a participar del proyecto musical *Por el gusto de cantar*, dueto establecido con Pilar Posada y que luego retomaría en conjunto con su hija Piedad, Juan José Arango y Jairo Cardona.

También crea *Cántaro*, la agrupación conformada por Anita Echavarría y Claudia Restrepo como guitarristas, por la percusionista Nury Hernández, el guitarrista Guillermo Betancur y el tiplista Jairo Gómez, quienes durante cinco años —entre 1993 y 1998—, participarían en escenarios del eje cafetero, Bogotá y Cali, al igual que en Cuba y a Puerto Rico. Graban dos discos: *Cántaro encantado* y *Un no sé qué* en el cual incluyeron algunas de las canciones compuestas por Sonia, con arreglos del músico y productor Germán Ramírez.

Componer música ¿vocación tardía?

Por el camino que trazó temprano desde su infancia, los protagonistas de su lápiz fueron criaturas mágicas, expresiones popula-

res, sentencias, aforismos, supersticiones, y amores difíciles, vivarachos, románticos y despechados. Sonia Martínez narró la transformación de Medellín y describió, con sentido del humor, la metamorfosis de una villa que se va transformando en ciudad cosmopolita. Asimismo, relató la evolución de la mujer y las innovaciones del lenguaje. El léxico en sus canciones tuvo un constante progreso, su voz narró la visión de los niños del ayer y del hoy y demostró cómo las montañas siguen abrigando la ciudad lo mismo que un siglo atrás.

De su habilidad para escribir coplas y canciones surgieron las parodias, las notas de humor, las sátiras y la música infantil. Y de ahí es entendible, por tanto, que pese a tener dudas sobre su capacidad como compositora, una tarde de enero, en una finca de descanso en el ardiente municipio de La Pintada, cerca del Río Cauca, fantaseó con un juego entre dos géneros de música andina, los hizo canción y los convirtió en la obra inédita *-Coclí coclí-* que la tituló como compositora en el Festival de música andina Mono Núñez, versión de 1996.

“Yo no me lo creía cuando me gané el Mono Núñez con *Coclí Coclí* [...] me decían ‘Maestra’”, un título que juzgó inmerecido, aunque lo venía ejerciendo, con profuso mérito, desde décadas atrás. Por entonces seguía pensando su música en un ámbito cerrado, privado y pequeño. A partir de ahí comenzó a transitar un vertiginoso camino de letrista cuya calidad ya había sido ampliamente reconocida por músicos de la trayectoria de Mario Gómez Vignes, Jaime R. Echavarría, el bolerista cartagenero Sofronín Martínez, el guitarrista bogotano Gabriel Rondón, al igual que por las compositoras cubanas Miriam Ramos y Marta Valdés.

Para 1998 repite triunfo en el Mono Núñez en la categoría de Canción inédita con el pasillo *Contradicciones*. Ese año también es ganadora del Festival Hatoviejo en la categoría Obra inédita con el vals *Por qué*. En el 2000 se lleva el palmarés del Festival del Pasillo en Aguadas, Caldas con el pasillo *Las callecitas de Aguadas* y en 2003 triunfa en el Festival de la canción Metropolitana con el bolero *No fue tu mejor noche*.

¿Vivir de la música o gozar la música?

Sonia Martínez hizo música para deleitar su vida. En cada periodo de su existencia corroboraba que era su gran pasión. Contó con los medios y el respaldo del esposo, los hijos y el entorno social y, si bien algunos de los primeros discos fueron financiados por la empresa privada, a partir de la segunda mitad de los 90 tuvieron el apoyo monetario de entidades oficiales y en los últimos años de su existencia, ella y su familia financiaron algunas ediciones de sus trabajos musicales.

Como bien lo dice su hija y compañera de aventuras musicales, María Piedad, a la música colombiana Sonia “le dejó una expresión fresca, unas letras y unas armonías hermosas”, y aportó, como lo considera el músico e investigador musical y profesor de la Universidad de Antioquia Alejandro Tobón, además de sus interpretaciones de calidad, textos bien elaborados, profundos y canciones para la música andina colombiana por fuera de lo corriente.

Sonia Martínez falleció el 25 de enero de 2022 a la edad de 91 años, momento en el cual trabajaba con la cantautora Claudia

Gómez en la preparación de doce temas con letras escritas por ella y música de su exalumna y amiga. Hasta el último día de la vida de Sonia Margarita Martínez Arango la música fue eje de su existencia. Hija de su tiempo, respondió a las tareas proyectadas por la cultura para ser esposa, madre, educadora y protectora de su hogar, pero también, al sentir desde muy temprano la armonía y la melodía muy adentro de su ser, las incorporó a su existencia como la compositora y artista que fue.

Fuentes

- Aguirre Martínez, A. (2012). Entrevista realizada el 27 de octubre.
- Marín, C. Marín, L. Londoño, M. Posada, W. (2017). Sonia Martínez: sembradora de canciones, sembradora de vida en *Revista Universidad de Antioquia* (339), pp.12-15.
- Martínez, S. (2020). Entrevista realizada el 12 de febrero.
- Pagano, C. (2022). Entrevista realizada el 31 de octubre.
- Velásquez, J. (2010). La práctica musical como asunto de género, vista a través de las publicaciones periódicas, entre 1886 y 1905 en *Artes La revista*, (16), Universidad Eafit, pp. 76-87.
- _____. (2012). El encanto de las damas: las mujeres y la práctica musical a finales del siglo XIX en Medellín, Colombia en Millán, C. y Quintana, A. (Ed.) *Mujeres en la música en Colombia: el género de los géneros*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Luz Patricia Vargas Vergara es melómana desde hace más de cincuenta años. Estudió Comunicación Social y Periodismo y tiene una Maestría en Periodismo de la UdeA. La investigación para optar al título *Mujeres compositoras en Antioquia: tres historias, tres destinos inspiradores* versó sobre las trayectorias artísticas de tres músicas antioqueñas: Ligia Mayo, Sonia Martínez y Claudia Gómez de donde extractamos y adaptamos este fragmento.

María Martínez de Nisser: testigo y protagonista

Érika Molina Gallego

Muchas han sido las guerras que han tenido lugar en el territorio colombiano desde los tiempos de la conformación de la nación y muchos los protagonistas de estas contiendas y sus motivaciones; sin embargo, no todos los héroes y, sobre todo, no todas las heroínas que han participado en dichas guerras han tenido la oportunidad de registrar sus vivencias. María Martínez de Nisser pudo hacerlo, su diario constituye una fuente de gran valor en la cual se documentaron gran cantidad de datos sobre la guerra, y en el cual ella sentó una posición política poco esperada para una mujer de su época.

Ana María Martínez (1812-1872) fue la primera mujer en publicar un libro en Colombia, diario en el que escribió los sucesos de la Guerra de los Supremos en la cual participó junto a su esposo Pedro Nisser. Aunque se dice que también realizó traducciones, estas no fueron publicadas y sus apariciones en la vida pública terminaron después de la guerra.

La guerra de los Supremos fue una contienda civil que inició en 1839 en el sur del país debido a la decisión del gobierno del presidente José Ignacio de Márquez de decretar el cierre de varios conventos con el fin de destinar sus rentas a la instrucción pública. Este suceso fue el detonante para que los opositores del gobierno iniciaran una revuelta que produciría levantamientos en diferentes provincias y un derrumbe del orden político y del control estatal. La guerra

terminó en 1841 con la derrota de las facciones opositoras y la retoma del control político por parte de la administración central.

Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841 es un texto de carácter testimonial en el que María Martínez de Nisser registra los hechos de la guerra a partir de su filiación política con el gobierno central. El diario de Nisser no se inscribe dentro de un género o corriente específica, pues su escritura es motivada por los mismos acontecimientos. La escritura del diario comienza en Sonsón el 11 de octubre de 1840 y termina allí mismo el 22 de mayo de 1841. Fue publicado en Bogotá por la imprenta Benito Gaitán en 1843.

Se entiende por contexto, el entorno histórico durante el cual se desarrolla o escribe una obra y que afecta de manera directa o indirecta su construcción. Para el caso de *Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841*, el contexto es determinante, pues el texto se refiere directamente a los acontecimientos sucedidos durante un período de tiempo determinado y que marcaron la historia política de Colombia. Aunque en la teoría se conocen diferentes tipos de contexto, se puede decir que este diario se produce bajo el contexto práctico u ocasional, histórico y cultural.

Las escrituras del yo están compuestas principalmente por textos en los cuales el sujeto de la enunciación se hace visible ex-



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

plícitamente a través del uso de la primera persona para narrar sucesos y en los que el narrador mismo actúa como testigo o protagonista de los hechos. Dentro de estos textos podemos encontrar diarios, autobiografías, e incluso novelas de carácter testimonial. En este sentido, *Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841* es considerado un texto testimonial. Sin embargo, se puede anotar que, aunque las referencias al yo autobiográfico dentro del texto son pocas y su carácter es más colectivo que individual, sus apariciones muestran una marcada tendencia hacia la reafirmación de su posición ideológica y de la importancia del mismo en los hechos narrados: “Me levanté a las cinco y me vestí de militar con la agradable idea de que cuando me volviese a poner camisón estaríamos libres, o si no habría muerto con este traje”. Se pueden encontrar estos elementos autobiográficos en el texto, a pesar de ser este un diario externo y no estar dedicado a narrar específicamente sus vivencias personales.

Pero, ¿desde qué lugar el yo autobiográfico narra los sucesos de la guerra? Para responder a esta pregunta primero debemos ubicar cuál era el papel de la mujer en la sociedad en el siglo XIX y qué elementos le permitieron a ese sujeto de la enunciación (femenino) desligarse de ese rol y personificar otro.

La esfera de lo público en el siglo XIX era un espacio reservado para los hombres, un lugar de privilegio en el que las mujeres tenían las puertas cerradas, y al cual era difícil acceder para aquellas que tenían ya un rol asignado por la sociedad; el de hijas, madres y esposas sumisas, obedientes, puras y calladas. Era común que las mujeres estuvieran completamente alejadas de

la política, y aunque dentro de las altas esferas estas podían tener acceso a la educación, esto se quedaba también para el plano de lo privado.

Realizando un rastreo por el texto se pueden encontrar indicios de que efectivamente la intervención de ese sujeto enunciator (femenino) no es solo testimonial, sino también autobiográfico, y que tuvo una participación activa, aunque breve, en los hechos narrados. Esa explicitación de la enunciación se hace presente en diferentes momentos del texto: “Yo hice poco caso, persuadida de que ninguno se me podría oponer”, “¿manifestaré yo cobardía o irresolución?”, “este elogio que yo no merezco, me causa una sensación tan viva, que quizá es superior a mis fuerzas”. Es evidente que el lugar de ese yo autobiográfico va más allá del testimonio, si bien al principio parece ser solo una espectadora y relatora de las contiendas (yo testimonial): “atenderé desde ahora con algún cuidado, a los sucesos de la facción, cuyo desenlace espero sea protegido por la providencia”, e incluso su discurso comienza con una retórica de la humildad propia de otras escritoras anteriores, como Sor Juana Inés de la Cruz o Sor Francisca Josefa del Castillo; que además exalta el valor de los participantes de la guerra, sin mencionar el suyo propio:

Vosotros mirareis con indulgencia, me atrevo a esperarlo, lo imperfecto de la narración que tengo el honor de ofreceros, suplicándoos dignéis aceptar con benevolencia, esta débil demostración de mi sincera gratitud, única razón porque se publica esta relación imperfecta, por la particular distinción con que me he visto honrada concediéndome honores, por un decreto, que tuvisteis la dignación de expedir en mi favor, solo por haber cumplido los sagrados deberes impuestos por la patria.

Esta imagen se va desdibujando a lo largo del texto y va tomando tintes más participativos, en los que empieza a mostrar intenciones de intervención y desde los que su lugar de narración va quedando mucho más claro: ella también es partícipe de los acontecimientos:

pero desde que he visto las bayonetas de la usurpación, me hallo en una disposición tan determinada, que gustosamente sería yo una de las defensoras de la justicia y del gobierno, si llegase el día de poder cooperar a su defensa.

Estas intenciones de cooperación a la causa que el sujeto de la enunciación (femenino) cree justa y con la cual se siente completamente identificada, no hubieran sido posibles sin el ambiente proporcionado por el contexto. En otras circunstancias en las que el aparato social no hubiera estado tan afectado, tal vez las actuaciones de ese yo autobiográfico no habrían sido aceptadas y el acceso al espacio público (específicamente la contienda) se le habría negado a pesar de su determinación.

Además, por supuesto, de su condición de mujer ilustrada, perteneciente a las altas esferas de la sociedad, que le permitía tener acceso al conocimiento de la ley, la política y las letras en general.

No obstante, la mayor parte del tiempo la narración alude a un yo colectivo, un grupo al cual siente que pertenece (defensores del gobierno central), un sujeto enunciador que utiliza la primera persona del plural para retratar, cuestionar y teorizar sobre acontecimientos de la guerra: “Nuestros contrarios son como nosotros, granadinos, y la mayor parte gente sin otro cálculo que la ambición y la maldad de sus conductores y caudillos”.

El sujeto enunciador (femenino) narra primero desde un lugar pasivo, de espera, siendo testigo de las acciones y decisiones tomadas por otros; deseando tomar participación en la batalla. Su espacio es, inicialmente, como el de todas las mujeres: la casa, la recepción de cartas, la espera de noticias; mientras su esposo hace parte activa de las contiendas. Sin embargo, desde allí ya expresa su descontento y su posición. Se permite lanzar opiniones sobre tácticas estratégicas, cuestiona las acciones de los integrantes de ambos bandos y expresa su deseo de demostrar su valía y fidelidad con la causa: “Una mujer soy le dije, y llegará el día en que les pueda hacer ver a estos miserables, que yo pertenezco, no con la boca, sino con mi persona a los defensores de la constitución y de la ley”.

La narración de los hechos va evolucionando, no solo por el recrudecimiento de las contiendas y la afectación cercana que el yo de la enunciación sufre, sino también por la determinación ya irrevocable que manifiesta de unirse a la guerra: “Mañana me presentaré a Braulio, le pediré una lanza; marcharé en compañía de mis dos hermanos y demás patriotas de este pueblo, y contribuiré de este modo a la libertad de mi suelo”.

A partir de allí, el espacio que habita el yo autobiográfico, diferente ya del yo testimonial que había tenido lugar en la mayor parte del texto, es el de la batalla. No sin detractores a su decisión, el sujeto de la enunciación (femenino) inicia un recorrido por un espacio público desconocido e incierto que puede llevarla incluso a la muerte, pero que asume con la entereza y valentía que en ese momento solo era esperable de parte de los hombres.

El yo autobiográfico se posiciona en el rol del hombre que la nación necesita para sa-

lir triunfante: “y una de mis hermanas que creía hasta ahora que todo era chanza ha llorado mucho al verme cortar el pelo y ponerme en traje de hombre”. Y siente incluso el compromiso de instar con sus actos al valor de los combatientes masculinos. En este acto de valentía el yo autobiográfico toma fuerza y deja atrás la supuesta debilidad e ignorancia enunciada al inicio del texto: “Soy mujer, pero tengo firmeza, y el plan que formé en el acto de ofrecer mi ejemplo para animar a los indecisos, y las ideas que alimentaron mi patriotismo entonces, no han variado”. El sujeto enunciativo se adueña del espacio público y se propone a sí misma como igual en el contexto de la guerra, se atreve incluso a intervenir en cuestiones tácticas y se convierte en una especie de líder en medio de la contienda. Hay un abandono explícito del lugar privado reservado para la mujer, por lo cual el espacio que habita el yo autobiográfico se aleja por completo del asignado por el contexto.

El texto se configura a través de la perspectiva subjetiva de un yo autobiográfico-testimonial, este enuncia la realidad mediante su propio yo. El contexto se configura como el escenario en el cual se interpreta una realidad excepcional transitada de forma personal y aceptada como retrato fiel de la historia. Su forma de diario externo se acerca a la definición de crónica como sucesión de hechos narrados en orden cronológico, pero reviste también un carácter autobiográfico. Así, los espacios que habita son, en su mayoría, los espacios privados normativos, pero también, y de una forma extraordinaria, los que en otras circunstancias le estarían totalmente prohibidos, como el frente de batalla, la vestimenta propia de los hombres, el pelo corto, su capacidad pensante y contestataria y su conocimiento de la ley. Ella habita estos espacios, aunque



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

por corto tiempo, en condiciones difíciles y violentas, en las que demuestra valor y determinación, y durante las cuales sigue llevando a cabo su labor testimonial.

Referencia

Martínez de Nisser, M. (2012). *Diario de los sucesos de la Revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841*, Colección Bicentenario de Antioquia, Fondo Editorial EAFIT, pp. 15, 22, 77, 41, 67, 69, 88, disponible en línea: <https://repository.eafit.edu.co/bitstreams/1681d219-9ba9-43bf-86e4-e9f477f4a609/download>

Érika Molina Gallego es estudiante de Filología Hispánica de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.

Cantarina de la rosa

Primer premio y polémica nacional: ¿Mujer o masculinización del arte?*

María Cecilia Ríos Mesa

En 1939, la Sociedad Amigos del Arte organizó una exposición de artistas profesionales en el Club Unión. Allí, Débora expuso una serie de obras en acuarela; hecho que le significó el revés más severo de su vida, pues fue tratada de hereje, vulgar, pornográfica y de mal gusto. En La Defensa, periódico conservador de aquella época, se escribió:

Pues vaya usted a ver si permite en el salón de sus hijas la ostentación de la Cantarina de La Rosa, o si la misma profesional de arte se dejaría publicar al pie del mismo. Lúbrico cuadro con que ha querido conquistar lauros que consideramos muy marchitos.¹

Con el anterior escrito, se inició la disputa. Los Liberales así opinaron:

Cantarina de los rosales, un estudio del desnudo, de una originalidad y viveza de colorido extraordinario. (...) Bien se nota que este desnudo púdico por lo total, fue tratado por una mujer que quería manifestar todo lo sencillo del cuerpo femenino, que el hombre sólo puede ver y complicar con su mirada llena de deseo.²

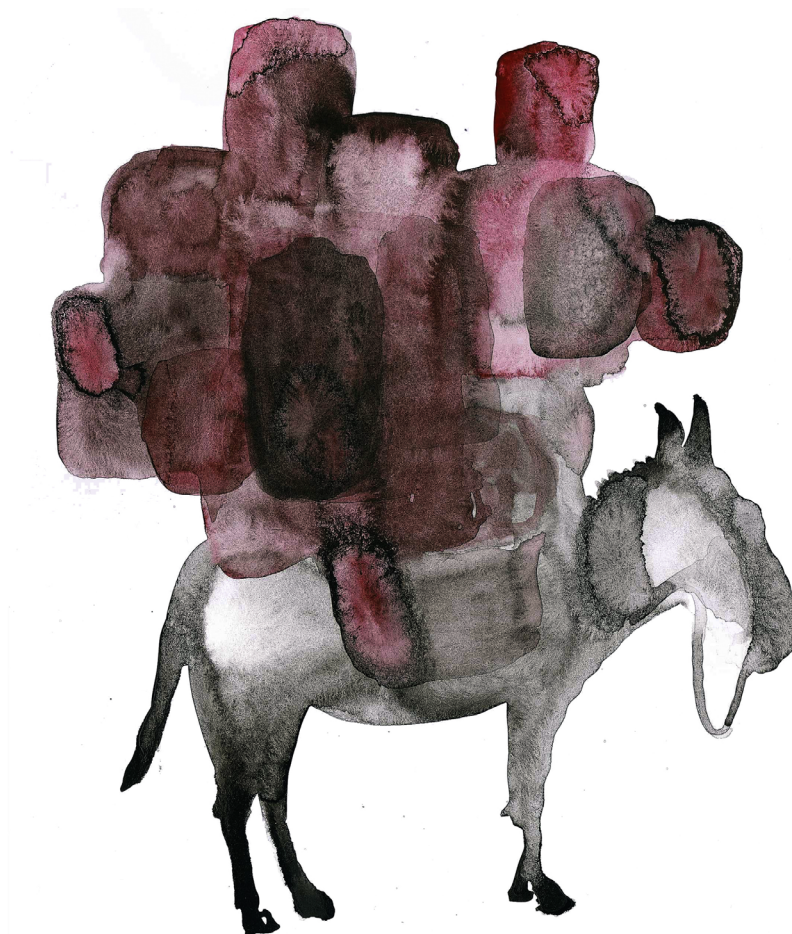
Después de esta exposición en el Club Unión y, en ella, la obra, Cantarina de la rosa, se desató una de las críticas más fuertes que se hayan podido dar en la historia del arte colombiano. Entre las razones, el que una mujer hubiese ganado el premio, y de otro lado, el escándalo que sus obras produjeron.

Para Débora Arango, las décadas del 30 y 40 fueron tiempos de pocas oportunidades para la mujer en su búsqueda y desarrollo del talento artístico. Sin embargo, su presencia marcó y sentó el precedente. Así lo expresó el historiador Santiago Londoño:

Sólo demostró que una nueva mentalidad estaba surgiendo como expresión de nuevas realidades sociales, en oposición a las concepciones tradicionales. Igualmente hizo tomar conciencia en los círculos vanguardistas de la presencia importante que la mujer iba tomando en el desarrollo de la Plástica Nacional, así como de la fuerte reacción que aun acompañaba a las manifestaciones culturales de la época.³

Contrario a la opinión anterior, fue el comentario anónimo que apareció en el periódico El Siglo, a propósito de una exposición de Débora en Bogotá, en la década del 40. Allí la crítica minimizó a la artista:

Que una joven sin gusto artístico, que demuestre no poseer ni siquiera nociones elementales de dibujo y que desconoce la técnica de la acuarela, se atreva desenfadamente a declararse "artista", así como así, es un caso sin importancia ante la gravedad que constituye el hecho de que sea el Ministerio de Educación Nacional el que patrocine la exhibición de los esperpentos artísticos de que es autora la mencionada señorita.⁴



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

En el periódico *El Liberal*, de octubre de 1940, se publicó una entrevista que desdibujó públicamente la imagen de la artista: una mujer masculinizada porque pintaba desnudos. Sin embargo ante la entrevista que días antes el periódico *El Diario* había escrito sobre la artista, Débora se expresó

así: “(...) yo pinto sencillamente y quisiera que así mismo miraran mis cuadros. Yo hubiera querido que las críticas de entonces y las de ahora también, se refirieran a mi manera de pintar, a mi técnica, a mi arte; pero por desgracia todo el furor se estrelló contra los temas”.⁵

De otro lado y a su favor, *El Diario*, del 28 de septiembre de 1940, escribió, respecto del viaje de Débora a Bogotá para la exhibición en el Teatro Colón: “Doña Débora, al presentarse en Bogotá (...) será ante todo una embajadora del arte de la montaña y un digno exponente de la feminidad y el señorío de las mujeres de Antioquia”.⁶

Además, cómo en estos años, la posición conservadora de Laureano Gómez, mantuvo la defensa de los valores clásicos, como único baluarte de la civilización. Él, ante la obra de la artista Débora Arango, también se pronunció: “Obra impúdica que firma una dama y que ni siquiera un hombre debería exhibir, pero ni aún pintar...”.⁷

Es evidente que el destino de Débora Arango para el contexto histórico y social que le tocó vivir, era leer y escribir, ser buena ama de casa, bordar y trabajar la culinaria; pero nos encontramos con una mujer que cuidó de su sentido de libertad y de la independencia y cultura que recibió de sus padres. Una artista que amó su vocación de pintora y nunca tuvo miedo de tomar como tema la vida diaria y las costumbres de la sociedad, así como las actividades que la mujer de élite vivía en su época.

Como retrato de su época –década de los 40– algunos medios de comunicación opinaron que su obra carecía de dibujo, de anatomía, y sus temas eran pornográficos e inmorales. Además, el escándalo que su obra produjo, resultó muy revelador del estado de la mentalidad colectiva antioqueña, no sólo en cuanto a conocimientos artísticos, sino en cuanto a las ideas que se tenía sobre la mujer, la sexualidad, la belleza y la moral... cómo en esa época la artista estaba supeditada a producir arte decorativo, bello y sin responsabilidad social.

Referencias

- ¹ S. A. (1996). Una exhibición de cuadros en *Periódico La Defensa*, noviembre de 1939, en Débora Arango, Exposición Retrospectiva, Banco de la República- MAMM, p. 7.
- ² S. A. (1996). *El Heraldo de Antioquia*, noviembre 23 de 1939 en Débora Arango, Exposición Retrospectiva, Banco de la República- MAMM, p. 4.
- ³ Ramírez Santos, A. (ed.) (1995). *Compendio de biografías colombianas*, Panamericana, p. 248.
- ⁴ S. A. (1996). Honesta defensa de una artista adolescente en periódico *El Siglo*, oct. 10 de 1940 en Débora Arango, Exposición Retrospectiva, Banco de la República- MAMM, p. 35.
- ⁵ Londoño Vélez, S. (1997). *Vida de pintora*, Ministerio de Cultura, p. 101.
- ⁶ S. A. (1996). Débora Arango va a Bogotá con sus audaces desnudos en *El Diario*, sep. 28 de 1940 en Débora Arango, Exposición Retrospectiva, Banco de la República-MAMM, p. 23.
- ⁷ En la exposición organizada por la Sociedad Amigos del Arte en el Club Unión de Medellín, en 1939, Débora Arango exhibió nueve piezas, entre las cuales se contaban algunos desnudos. El jurado le confirió el Primer Premio y la sociedad antioqueña se mostró escandalizada con su trabajo. En: Méndez, R. (1997). *Hechos y protagonistas del siglo XX en Colombia*, Círculo de Lectores, p. 24.

* Fragmento tomado de la tesis de maestría de María Cecilia Ríos Mesa en Historia del arte de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia titulado “Presencia femenina en las artes plásticas de Antioquia en la primera mitad del siglo xx”.

María Cecilia Ríos Mesa cursó una licenciatura en la Facultad de Educación y estudió Artes plásticas y una maestría en Historia del arte en la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia. Ha participado en múltiples exposiciones de arte individuales y colectivas; recientemente expuso una muestra de retratos titulada “Miradas y silencios” y presentó su primera auto publicación de poesía *Poemas al silencio y otros desvelos* en la Casa de la Cultura de San Pedro de los Milagros - Antioquia.

Biblioteca de Escritoras Colombianas: qué viene en la segunda entrega

Ana Lucía Barros

La Biblioteca de Escritoras Colombianas es un proyecto editorial del Ministerio de Cultura (ahora Ministerio de las Artes, las Culturas y los Saberes) que busca reunir y rescatar la obra de las escritoras colombianas desde la Colonia hasta la primera mitad del siglo xx. En la primera entrega, el equipo editorial (conformado por Pilar Quintana como directora editorial y Natalia Mejía, María Antonia León y Camila Charry Noriega como asistentes editoriales), realizó una investigación a profundidad del panorama de las mujeres escritoras en el país, las condiciones en las que las mujeres han escrito y las estadísticas de publicación de mujeres en la actualidad, y compilaron un catálogo de cuatrocientos setenta autoras colombianas, entre clásicas y contemporáneas.

Luego de tener claro el estado del arte y asesoradas por un comité editorial que reunía académicas, expertas en literatura escrita por mujeres, escritoras, editoras, libreras y gestoras culturales, el equipo editorial llegó al listado final de títulos a publicar en la primera entrega. Cada título contaba además con un prólogo de una escritora contemporánea conocedora de la obra o del tema, lo que propiciaba el diálogo entre los rescates literarios y las escritoras de la actualidad:

1. *Su vida* (autobiografía), Francisca Josefa de Castillo, con prólogo de Ángela Inés Robledo
2. *Una holandesa en América* (novela), Soledad Acosta de Samper, con prólogo de Carolina Alzate
3. *Déjennos tranquilas* (textos periodísticos), Sofía Ospina de Navarro, con prólogo de Paloma Pérez Sastre
4. *Los hijos de ella* (obra de teatro), Amira de la Rosa, con prólogo de Patricia Ariza
5. *Autobiografía de una uña* (columnas), Emilia Pardo Umaña, con prólogo de Rosario del Castillo
6. *Mi Cristo negro* (novela), Teresa Martínez de Varela, con prólogo de Yijhan Rentería Salazar
7. *Ángela y el diablo* (cuentos), Elisa Mújica, con prólogo de Lina Alonso Castillo
8. *Acá empieza el fuego* (poesía), Emilia Ayarza, con prólogo de Camila Charry Noriega
9. *Ninguna voz repetirá la mía* (poesía), Meira Delmar, con prólogo de María Antonia León
10. *El nombre de antes* (poesía), Maruja Vieira, con prólogo de Adriana Villegas Botero
11. *Mi capitán Fabián Sicachá* (novela), Flor Romero de Nohra, con prólogo de Aleyda Gutiérrez Mavesoy
12. *La m de las moscas* (cuentos), Helena Araújo, con prólogo de Natalia Mejía E.
13. *Sail Ahoy!!! (¡Vela a la vista!)* (novela), Hazel Robinson Abrahams, con prólogo de Adriana Rosas
14. *Dos veces Alicia* (novela), Albalucía Ángel, con prólogo de Alejandra Jaramillo Morales e Ivonne Alonso Mondragón

15. *Tengo los pies en la cabeza* (novela), Berichá (Esperanza Aguablanca), con prólogo de Adriana Campos Umbarila
16. *Oficio de vivir* (poesía), María Mercedes Carranza, con prólogo y compilación de su hija Melibea
17. *La mujer que sabía demasiado* (novela), Silvia Galvis, con prólogo de Luz Mary Giraldo
18. *Mido mi cuarta y me paro en ella* (cuentos), Amalialú Posso Figueroa, con prólogo de Velia Vidal

La Biblioteca de Escritoras responde también al movimiento “Colombia tiene escritoras”: en 2017, surgió una campaña en la que participaron treinta y seis escritoras colombianas luego de que, en el año de intercambio cultural Colombia-Francia, la delegación colombiana estuviera compuesta por diez escritores hombres. Bajo el hashtag #colombiatieneescritoras, las autoras se manifestaron y reclamaron su lugar, un lugar que han ganado a pulso, con la calidad de su trabajo. Luego de la campaña, la escritora Pilar Quintana comenzó a pensar en el proyecto de la Biblioteca, que cobró vida junto al grupo de Literatura del Ministerio de Cultura.

Entré a formar parte del equipo de la Biblioteca de Escritoras para la investigación y compilación de las antologías de la segunda entrega, luego de haber trabajado de cerca en la alianza que la Biblioteca de Escritoras hizo con las editoriales independientes colombianas para que el trabajo realizado tuviera también una circulación comercial. Laguna Libros y Tragaluz realizaron la producción de la primera entrega, y posteriormente, el puente para que diez editoriales adoptaran un título de la Biblioteca y este pudiera estar en librerías.

Tal vez si la pregunta en esa primera entrega fue quiénes eran las escritoras colombianas (¿existen? ¿dónde están?), la pregunta que alimentó la segunda entrega fue sobre qué escriben, y la respuesta es: de todo, de lo mismo que los escritores, y eso es lo que reflejan las diez antologías que componen el segundo momento de la Biblioteca.

Después del trabajo de investigación realizado por el equipo editorial y de la publicación de los primeros dieciocho títulos, resultó claro que muchas de las mujeres que escribieron, en muchos casos, por sus condiciones materiales (tener que trabajar, cuidar una casa, criar una familia, entre otras) y por la reticencia de la industria editorial a publicar libros escritos por autoras, no publicaron obras completas: una gran cantidad de obras circulaba en revistas y publicaciones semanales. Con eso en cuenta, y sabiendo también que era una manera de abarcar a muchas más autoras se comenzaron a pensar las diez antologías que componen esta segunda parte de la Biblioteca, que se organizaron por género literario: Cuento, Poesía, Novela corta, Crónica y periodismo, Dramaturgia, Ensayo y crítica, Literatura infantil y juvenil, Literatura testimonial, Literatura miscelánea y Literatura rebelde.

El proceso de compilación de las antologías fue arduo y amplio. Contábamos con una lista ya organizada, resultado de la investigación de unos años atrás, y con los nombres de varias autoras que el comité editorial consideraba fundamentales. A continuación, recurrimos a hemerotecas, bibliotecas, profesores universitarios, archivos personales, para poder acceder a muchos de los textos que buscábamos. Varias veces nos encontramos con textos materialmente deteriorados, rumores de un poemario que se había publicado pero que no se hallaba en ningún



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

lado, textos que estaban catalogados como novela, pero resultaban siendo un cuento.

En otras ocasiones, la búsqueda de los herederos era complicada, algunas autoras no habían tenido hijos y el rastro de quién tenía los derechos se enredaba, por ejemplo. Cabe decir que en muchos casos también la invitación a ser parte de la Biblioteca fue recibida con entusiasmo.

Otro reto al que nos enfrentamos fue la selección de qué texto iba a hacer parte de cada antología. Al comienzo, la idea que teníamos era escoger una muestra representativa de cada autora, de diferentes momentos de su obra, por ejemplo, en el caso de géneros como cuento, poesía o crónica. Sin embargo, pronto fue evidente para el equipo que, por la cantidad de autoras encontradas y para que fuera un poco más equitativa la muestra, debía ser un texto por autora. Entonces, un criterio que se sumó fue que ese texto escogido al mismo tiempo representara el trabajo de la autora y que significara un aporte para el acervo literario del país (es decir, que no estuviera circulando en internet o participando en otras antologías).

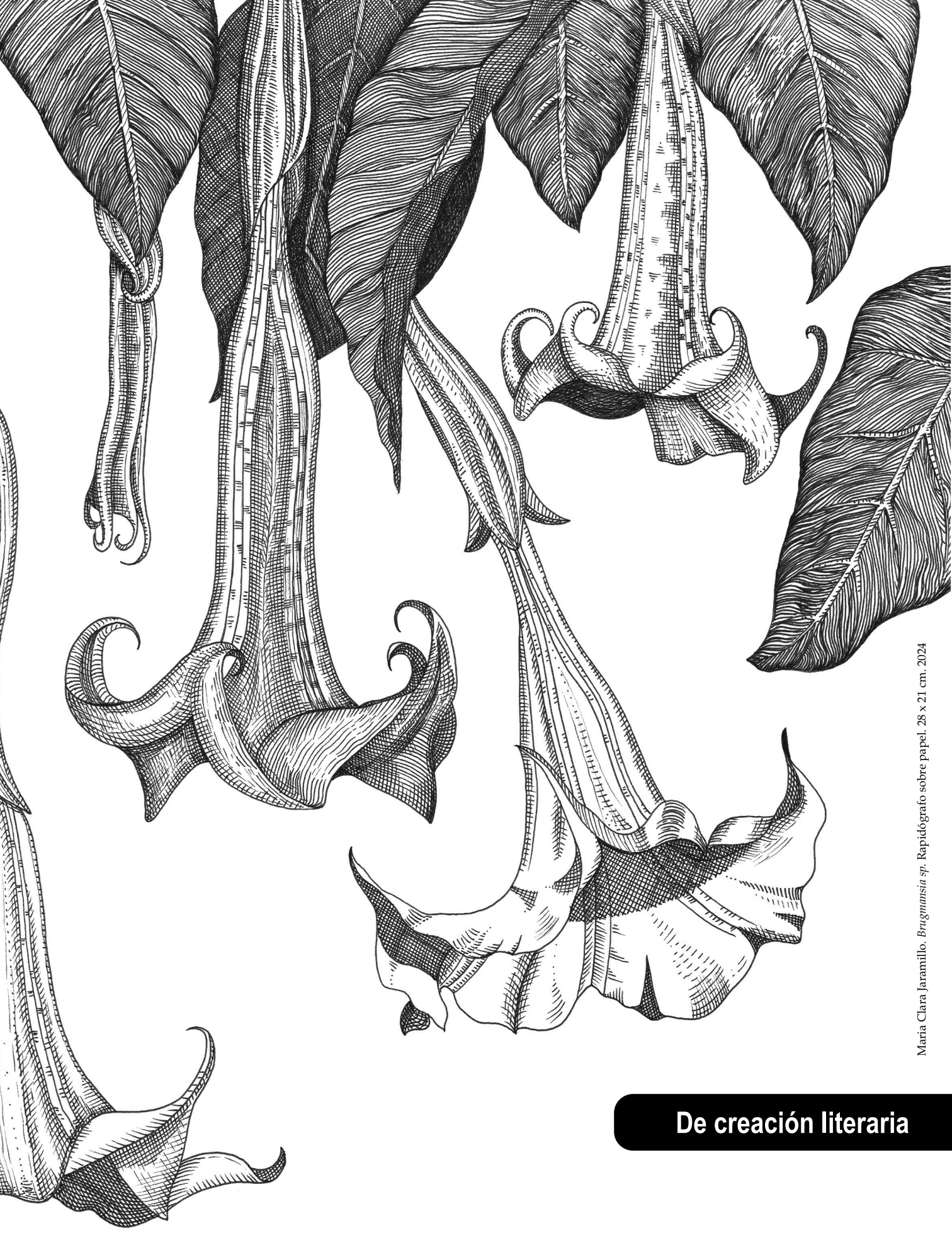
En esta entrega contamos, por ejemplo, con el primer cuento de ciencia ficción escrito por una mujer en Colombia (“Bogotá en el año 2000”, de Soledad Acosta de Samper), un relato de Clemencia Hoyos de Montoya que aborda el embarazo no deseado y las prácticas a su alrededor (“El honor salvado”), entrevistas realizadas por periodistas mujeres a otras artistas mujeres brillantes (Silvia Galvis a Camila Loboguerrero y Margarita Vidal a Teresita Gómez), textos sobre el sufragio femenino, testimonios de mujeres insurgentes y reflexiones sobre el oficio de escribir, por nombrar algunos

ejemplos. Los temas y estilos son variados: Hay escritoras para todos los gustos lectores. Las antologías y sus prologuistas son:

1. *La noche próxima, antología de cuento*. Prólogo de Claudia Arroyave.
2. *Incendios, antología de poesía*. Prólogo de Carolina Dávila.
3. *Grietas en el paisaje, antología de novela corta*. Prólogo de Andrea Mejía
4. *Las testigos del tiempo, antología de crónica y periodismo*. Prólogo de Andrea Salgado.
5. *Que haya luz, antología de dramaturgia*. Prólogo de Marina Lamus Obregón.
6. *La mirada atenta, antología de ensayo y crítica*. Prólogo de María Mercedes Andrade.
7. *Terrícolas, antología de literatura infantil y juvenil*. Prólogo de Juliana Muñoz Toro.
8. *Antes que nada, antología de literatura testimonial*. Prólogo de Laura Acero.
9. *Romperlo todo, antología de literatura rebelde*. Prólogo de Gloria Susana Esquivel.
10. *Constelaciones, antología miscelánea*. Prólogo de María Piedad Quevedo.

La entrega va acompañada de una nota editorial escrita por Pilar Quintana que da cuenta de los contenidos, de cómo y sobre qué escriben las autoras colombianas. Son, finalmente, noventa y siete autoras, de distintas épocas y regiones del país: una muestra, una hoja de ruta para futuras lecturas y una invitación a conocer la tradición literaria de las mujeres en Colombia.

Ana Lucía Barros es editora de no ficción y proyectos especiales de Laguna Libros, en donde también fue asistente editorial. Desde 2020 es coordinadora y asesora de proyectos de narrativa en el Laboratorio de creación de La Diligencia Libros. Desde 2023 es editora de la Biblioteca de Escritoras Colombianas, proyecto editorial del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.



El niño de la casa

Salomé Cantillo H.

*Todo esto es muy raro. Cae la noche
y yo empiezo a sentir no sé qué miedo:
miedo de este silencio, de esta calma,
de estos papeles viejos que la brisa
remueve vanamente en el jardín.*

Últimos días de una casa, Dulce María Loynaz

Elegí para la nueva vida de encerrada la habitación más grande. Abrí las ventanas y me alegró ver la plaza del pueblo vacía. Yo era estudiante y escribía una tesis sobre la poesía y el sueño, quería sobre todo dormir. Saqué los santos de mi habitación con la excusa de que necesitaba esas mesas, las que mi abuela había acondicionado como altares, para poner libros. Tal vez existe una maldición para los que cambian las cosas de sitio en una casa intacta y ajena.

Durante la pandemia había vuelto a vivir allá. Aunque la casa era la misma, me pareció más pequeña. La casa era vieja y grande, pero cuando regresé vi que le faltaban rincones que estoy segura de que tenía cuando yo era niña. Mi abuela nunca me dijo qué era lo que había cambiado. Qué cosa había ocupado los rincones. Sí sé que desde que mis tíos van en diciembre a Europa, hay más altares en la casa. Hay un cristo de Roma, una virgen de Francia y un San Miguel español.

La casa es de mis abuelos y queda en un pueblo de Antioquia. Para llegar al jardín hay que abrir una puerta, subir unas escaleras, pasar por una sala, caminar por un corredor. Allá, en lo que mi abuela llama el fondo, hay dos baños, una pieza con li-

bros y juguetes y otra sala. El jardín, en todo caso, es lo último. Para visitarlo hay que recorrerla toda. Antes la casa era distinta: una de las salas era otra pieza; tenía un primer piso con espacio para caballos y un segundo para cerdos y gallinas. Le faltaba un baño. En esa casa, ni siquiera entiendo cómo, el jardín estaba al frente y no al fondo. Yo no existía cuando la casa era otra; cuando mi abuela decidió volver a armarla para guardar el jardín. Desde hace treinta años sigue igual, o intacta, que es como se les dice a las casas cuando no se destruyen.

La primera noche que pasé allí el llanto de un niño no me dejó dormir. Pensé que mi nueva vecina era una mamá descuidada. La segunda noche el niño volvió a llorar. Tengo hermanos muy pequeños, por lo que, a veces, reconozco el sentido del llanto de los niños; aquel era como de mamá que no llega. Pensé que mi nueva vecina era una mamá ausente. Nunca antes había tenido problemas de sueño. Empecé a detestar al niño.

Cuando les conté los problemas de insomnio a mis abuelos, me despacharon con una frase que me dejó más desconcertada: no tenemos vecinos. La casa de mis abuelos es grande y vieja. Queda en la plaza del pueblo. Mis abuelos fueron los últimos que vivieron allí, en esa plaza. El resto de las casas alrededor del parque eran locales — que por supuesto durante la pandemia permanecieron cerrados —.

Me obsesionó la idea de que alguno de esos lugares guardara un niño, así como la casa

de mi abuela guardaba un jardín. Que, al fondo de una casa vacía, alguien también había echado todo abajo para esconderlo.

Hoy, en mi casa, escribo con miedo y con todas las luces de mi cuarto encendidas por si de pronto lo oigo de nuevo; creo que el niño es cobarde y no va a llorar donde pueda verlo. Voy al baño y llevo el computador conmigo. Hace meses cuando empecé a escribir sobre el llanto del niño me paré a la cocina para servirme agua y, cuando volví al escritorio, encontré el computador cerrado. Después pensé que mi gata, a la que le gusta acostarse sobre las superficies calientes, lo había hecho. Antes lo ha hecho, así que seguro fue ella —ahora tengo miedo de que la gata se levante y me diga: fui yo—. En ese momento creí que el niño había terminado la historia. Que al abrir la pantalla iba a encontrar en el documento de *Word* un mensaje, sesenta páginas escritas o que todo se había borrado. No hice nada: dejé el computador cerrado y me acosté. Siempre encuentro excusas para no escribir.

2.

Ya hemos dicho que una cosa es el jardín de noche y otra de día.

En la oscuridad de la noche, el mismo camino antes iluminado es despeñadero. Te asusta hasta la sombra de un caballo. Las flores no se ven.

Daniela Jiménez

En la clase de jardinería, el profesor te advierte sobre la iluminación del jardín. Un jardín de noche tiene que parecer un jardín de noche. En la casa de los abuelos nada permanece encendido. El jardín en las noches es un jardín a oscuras. Al fondo, el jardín es la noche y es el llanto del niño que,

como tú, no duerme. Todo parece parte de una sola cosa. Otra cosa. Tienes ganas de ir al baño, pero no te levantas. No quieres tener que recorrer toda la casa, sobre todo cuando hay un niño llorando; no sabes dónde, pero seguramente —ahí— debajo de tu cama. O en la tierra del jardín, como una mandrágora.

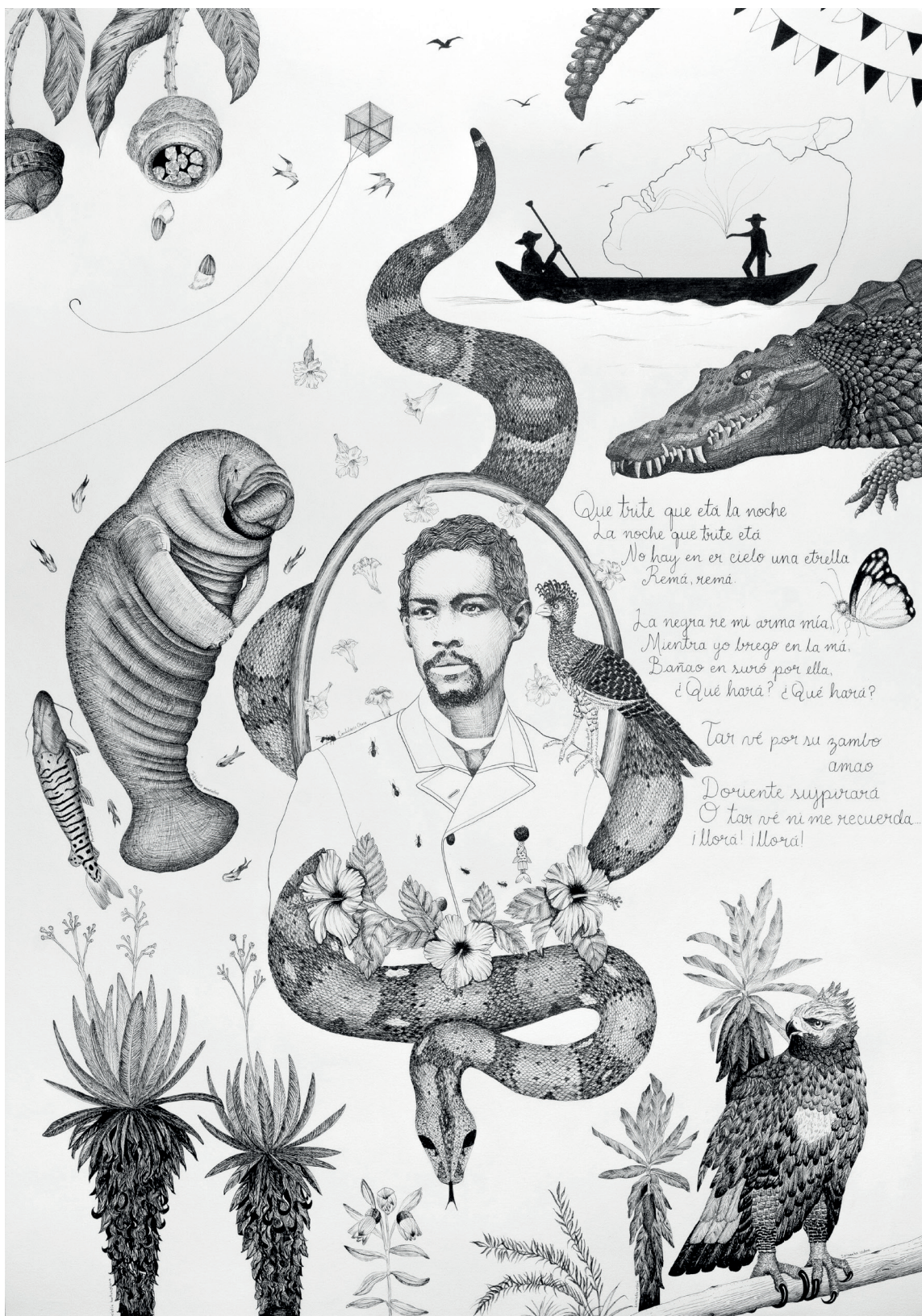
Ahora lo sabes: no hay que iluminar los jardines; la oscuridad es necesaria. En el origen de toda vida primero está la noche. La cosa está haciéndose niño en el jardín de tu casa y llora. Esta no es tu casa; es la casa de tus abuelos. Invasora: has venido a refugiarte en esta casa de la peste. Escuchas el llanto de un niño. Te contagias: tú también lloras. Si fueras más valiente correrías a desenterrarlo, pero lo dejas ahí.

Las grutas hacen que, durante el día, la noche permanezca en el jardín. Son también una invitación para que Dios se aparezca. Te imaginas un folleto que dice: Inventa para Dios una cueva en el jardín. Tomas unas piedras para hacerle al niño una casa. Ahora el jardín es un pesebre. Escribes: Estoy oyendo el llanto de Dios.

Recorro la casa de mis abuelos con la intuición de que el niño me sigue. El llanto es de un niño que ya puede erguirse. Lo oyes. Susurras: te oigo. El sonido es el camino que te orienta por la casa que no es tuya. La llamada. Te acercas al jardín y el llanto se hace más fuerte; de allí viene. Esta es su casa. Allá está su gruta.

3.

Ayer leyendo a Spinoza, me conmoví. “Todo lo que es precioso es tan difícil como raro”, aseguró el filósofo. Deduzco que las cosas que consideramos



Maria Clara Jaramillo. *Poéticas del río Magdalena*. Rapidógrafo sobre papel. 70 x 50 cm. 2024

preciosas se mostrarán, en ocasiones, como espejismos lejanos e ilusiones aparentemente ajenas.

Mas no por ello se debe desistir del impulso de lanzarse a la desconocida aventura. Una aventura que no nos habla de asir las cosas preciosas, sino de acompañarlas y cultivarlas.

Julietta Restrepo, carta manuscrita. 6 de abril de 2021.

Cuando mi novia se fue del país, yo volví al pueblo. Ya nadie vivía allá: mi abuela perdió un ojo y mi abuelo tuvo un infarto cerebral. La casa se volvió hostil. Empezó a caerse. Llovía y el agua entraba. La naturaleza se apoderó del jardín: la maleza creció y ahogó las flores. La menta y el romero se pudrieron. Las humedades volvieron grises algunas de las paredes.

Para que las palomas no se apoderaran de la casa tuvieron que tapar las ventanas y las barandas de los corredores con cortinas gruesas y oscuras, que no dejaban entrar ni las palomas ni la luz. Desde adentro parecía el telón de un teatro. En cualquier momento una manito diminuta iba a tomar una de las esquinas de la cortina e iba tirar de ella. La luz entra e ilumina el cuerpo delgadísimo del niño que vive aquí. El llanto le desfigura el rostro. Salgo corriendo.

La casa y yo hemos sido abandonadas. Días antes, le había llegado a Julieta el permiso de residencia en Estados Unidos. Pensé que no iba a irse. Le escribí en *whatsApp*: Si te quedas, amor, mi casa es tuya. Cultiva mi jardín. Cambia mis muebles.

Soy una amante egoísta y le pedí que no se fuera. Después tuve rabia y le conjuré una mala vida. Le dije que no iba a acostumbrarse al invierno, que ninguna ciudad iba a gustarle y que iba a subir de peso. También le anuncié que nadie nunca más iba a escribirle poemas.

Entro y la oscuridad de los pasillos es también la mía. Recorro las habitaciones llorando: voy quitando los plásticos de las sillas, de los nocheros y de las camas. Vine acá porque no soportaba la casa —la otra, la que es mía—. Ni el olor de Julieta ni la imagen de las cosas que dejó antes de irse.

No soy capaz de llorar parada. Me recuesto. Pongo mi mejilla contra las tablas del piso de la casa. El llanto va a haciendo un charco, como el de las goteras. Llueve. Me derrito. Me voy por los desagües y me quedo en las paredes. Soy toda humedad. Lloro porque sé que no voy a poder irme. Porque este es mi país y esta es mi casa. Mi fantasma está aquí: mirándome.

Con la mejilla contra el piso veo la figura del niño Dios que tiene mi abuela en la habitación. El niño tiene el cabello crespo y las pestañas larguísimas. Desde el piso se ve más grande. Mírame: llorando así, soy la penitente más humilde. Ya no me muevo y el niño crece. Tiene los brazos de yeso estirados hacia arriba, como pidiendo que algo más lo levante. Cierro los ojos porque quiero quedarme dormida. Siento las manitos frías en la espalda. Oigo el llanto y susurro: niño, repara mi casa.

Salomé Cantillo Herrera (Ocaña, Norte de Santander) estudió Literatura en la Universidad Pontificia Bolivariana y actualmente es estudiante de la maestría en Literatura en la Universidad de Antioquia. Es docente de la Facultad de Medicina en esta misma universidad. Sus intereses investigativos se centran en la literatura escrita por mujeres, los géneros autobiográficos y la relación entre naturaleza y escritura.

El intocable

Gabriela García de la Torre

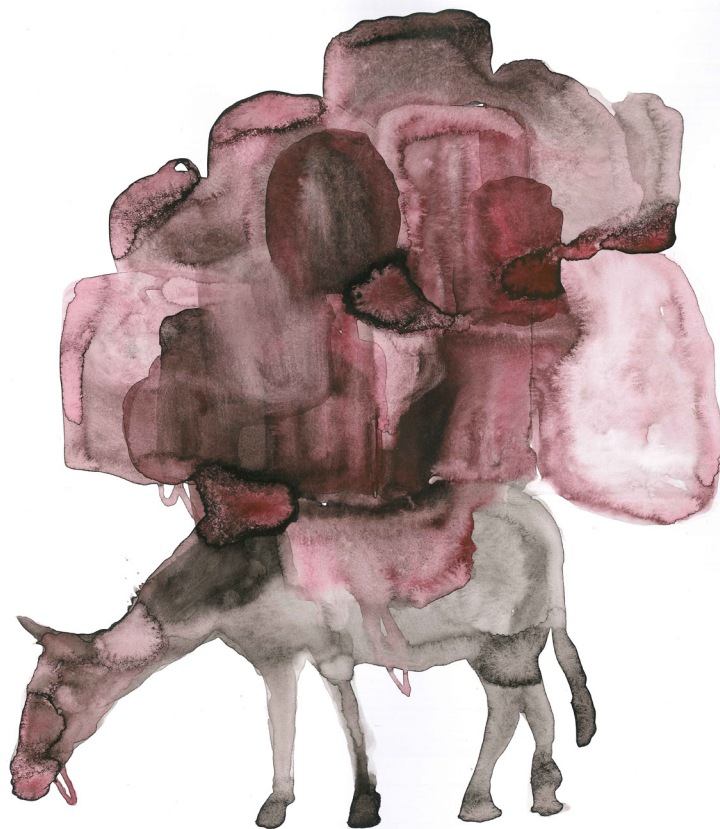
Qué calor, no termino nunca de patear esos cartones blanquísimos que me sofocan el cuerpo. Poros expandidos que buscan el abanico de una brisa fresca, algunos pitidos leves me arrullan como en el vientre materno. Me despierto con la amonestación mastificada de una enfermera: no se puede quitar la sábana porque se le ve todo. ¿Quién me está viendo? No importa que me vean, respondo. Sí importa, me ladra, y me encierra de un tirón en una cortina que mágicamente me envuelve en un cilindro del techo al piso, estoy tendida bocarriba despatarrada, tengo mucho calor, quiero un soplando de montaña, me estoy cocinando. Los pitidos disminuyen, es un teléfono que deja de sonar. Le dije a Claudia que llegara al cine, yo pagaría las boletas de la película y el pasaje de regreso, pero no me confirmó. Por eso no fui. Me la imagino atravesando la ciudad, casi dos horas caminando, desde La Granja en la Ochenta, hasta el Radio City, abajo de la Javeriana. Y otras dos horas de regreso envuelta entre el esmog y los pitazos. No tiene ni para el bus. El teléfono timbra y timbra otra vez, de nuevo bocarriba, cero arrepentimiento, que se joda Claudia, no le voy a contestar, estoy harta de que sea tan pobre.

Palpo. Estoy en una camilla. Veo la cortina, las mangas de mi pijama a cuadros. Lilly me premia cada tanto con prendas sofisticadas. Detesta mi desaliño masculino y a cuadros. Me quiere ceñida en blusas de leopardo y los ojos difuminados como una faraona de discoteca de Miami; me quiere

coqueta y oferente, como si yo tuviera piernas de garza y paso sibilino.

Algo me pica, me llevo la mano al pecho, pero se me enredan unos cables conectados a la mano. Sumercé, estoy amarrada, canturreo, y entra la furibunda, con un vuelo de verónica la cortina. Me desenreda como si me hiciera el favor de limpiarme el culo: con asco e impaciencia, y se larga. Me toco el pecho, solo noto vendas bajo la pijama. Trato de incorporarme un poco, todo se me inclina de medio lado y caigo blanda de nuevo bocarriba. Adriana, a pocas horas de conocerme, frunce su rictus sectario: cómo se me ocurre pensar en una reducción de busto para no ser fea. Aceptación radical, muerte al patriarcado, me evangeliza, y hay calor en sus ojos y sequedad en la boca, como un cruzado contra los infieles. Adriana estaba a punto de someterme a ejecución sumaria con tiro de gracia. Mi traición al género le ponía cetrino el rostro; las cicatrices revejidas de un acné perenne se oscurecían, madrigueras de gusanitos de guayaba.

Me sacuden de nuevo. Que si tengo náuseas, que si quiero una aromática. Pido un cuchuco con espinazo y cocacola, pero no tienen ese servicio. Mi aromática es con público, porque me abren la cortina. Somos unos diez pacientes los que alucinamos mientras nos sacudimos de los rezagos de la anestesia. A mi lado una mujer de rostro templado y boca mordisqueable como una reinaclaudia empieza a eructar como un vi-kingo borracho. La furibunda la acomoda



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

para que vomite. Parece un exorcismo. Me agarro de mi vasito vacío de aromática para no caerme de medio lado.

Karina hace que me escucha, pero tiene ojos periféricos que controlan la calle anochecida con el temor de que surja algún hombre. Ella hace que me quiere, hace que le importa. Asiente a lo que hablo, pero sigue al acecho de cualquier violador. No me escucha. Ve violadores en todas partes. Yo trato de merecer la conversación, aunque estoy en carne viva, porque todos ustedes me dejaron morir, Karina. Ninguno me respaldó.

Cuando estás en un rincón asqueroso en el que vomitar sangre iracunda era lo de menos, en el que agarrar un pitillo metálico del vaso de jugo y practicarle una traqueotomía perfecta a quien se enmelocota de tus palabras para hacerlas decir otra cosa es lo de más, no hay ni un rincón asqueroso para ti, y reaccionas como la rata en su rincón, y cuando yo más necesitaba que me acunaran como a tres gaticos recién nacidos que tiemblan de frío, ninguno de ustedes recogió ni siquiera el reguerito que quedaba de mí, la basura. Cero, me dejaron morir, ni siquiera una mirada, una palabra, todo

ese cariño era falaz. Cuando te desollan y quedas así en carne viva hasta un chofer de buseta que te insulta porque estorbas o porque hueles a feo, o porque estabas cantando en voz alta sin darte cuenta, te evidencia que redundas, hiedes, sobras, desagradadas, te machucas en todos los bordes porque te vas a caer a un abismo y ustedes, Karina, ayudan a empujar hacia el vacío.

Descubro agazapada entre unos arbustos de la calle a una perrita con el rabo entre las piernas. Se vuelve inminente rescatar a la perrita. Ella tiembla y huye mirando a veces hacia atrás, siempre la cola entre las piernas. Karina y yo rebuscamos con ojos y voces cariñosas a cuerdas de distancia, la perrita nunca vuelve. Nos duelen todos los perros perdidos en el plexo solar. Entonces piso mal, o doblo mal el tobillo y toda yo retumbo como un bulto en el suelo, mi zapato rodando y mis senos ultrajados. Karina no resiste la carcajada. Trata de no reírse. Me río para hacer como que no me importa, pero me duele y mucho. Otra vez me dejaste morir, Karina. Un pecho vendado y plano humillado por segunda vez. Karina tiene lágrimas e hipo de la risa, echa para atrás la cabeza, todavía se sacude de la carcajada, ni siquiera intenta taparse la boca.

*

El consultorio es tan grande como un ala del Museo del Oro, hay nichos de exquisita curaduría con estatuas tal vez de la cultura Quimbaya, no soy conocedora. Sospecho que el cirujano se precia de que son estatuas originales, y quizás exhibe a mentón alto la ilegalidad de su usurpación, así como los nobles feudales se cobraban su derecho a la pernada sin perder su buen sueño. El aire es helado, gran privilegio en ciudad caliente; por las ventanas se divisa por punta y

punta un imperio, como los predios de un colono holandés en tierras brutas y baratas. Se me ven con lupa los dos dientes de agua-panela y el pelo reseco. Entrar a la oficina del cirujano es como introducirse a una caja irlandesa de whisky añejado por reyes. Hay un perfume que solo da la solidez inversionista. El cirujano mira con un cariño de dos segundos, los suficientes para aplastar con su magnificencia a las mujeres que vamos a que nos embellezca nuestras fealdades. La consulta es casi telepática pues él sabe más que la paciente sobre lo que ella quiere. Su bata es blanca fosforescente, el mechón canoso se airea altanero como un motociclista que se sube al andén adrede. Su juego de estilógrafos Montblanc son un jaque mate cada que escribe su receta en caligrafía grande, sepia y de mala imitación inglesa.

Ya no me resbalo de medio lado: estoy en una camilla. Sí, recuerdo. Acabo de pasar por una cirugía de reducción de senos. Ya. Ya. Le tengo miedo al hambre, pero no tengo hambre. La cirugía: vuelvo a palparme el pecho, mis manos no ven nada. Me incorporo un poco y mis ojos ven un abismo: no hay nada. Un valle árido donde antes hubo montañas de Nuevo Mundo. Sumercé, sumercé, présteme un espejo, ayúdeme a pararme. Ella mira la hora, otea mis pupilas desde lo lejos y no responde: se larga. A los minutos vuelve con mi mamá. Verla y aullar de hambre, mi mamá me nutre. Y me miro sin la pijama...

*

Allá donde desfilan las mujeres como golondrinas hipnotizadas por un gavilán, por el varón rey, por el millonario que esculpe narices de quirófano en serie, por el que no pide favores sino que emite imperativos cortos y sin repetir y al segundo se materia-

lizan sus requerimientos, ese varón blanco y exitoso me recibe para control de la cirugía, presto a mirarme desde arriba mientras me inclino ante Su Reverencia. Yo me siento aplastada por toda la puesta en escena y por pagar mucho dinero para que me mutile a su gusto. Tengo el rostro escurrido como una mártir. Por un segundo, veo cómo se resquebraja con una grieta mínima la pared del consultorio: el cirujano por primera vez me mira a los ojos, por primera vez alguien reclama un resultado fallido, por primera vez tiene el rostro de sus estatuillas quimbayas. Él afana bromas para reasegurarme, yo miro mi pecho de niño gordito de once años, mi panza de narco-trafficante, y le dedico mis ojos de reproche largo y en silencio. La danza del cirujano es irregular, sincopada, se le acabaron sus respuestas de manual. No obstante, pago hasta el último billete, de los nuevos, en el despacho de la secretaria, quien solo atina a mirar al suelo para no testimoniar el único caso en décadas de una paciente insatisfecha. Me preguntan que si necesito factura: faltaría más, claro que sí, y agradezco que no contacto al gobierno para una inspección de las estatuillas arqueológicas. No, esto no lo digo. Lo pienso, lo mascullo mientras salgo agradeciéndole a la vida que nadie me haya arrojado un litro de ácido en la cara, sino que solo me practicaron una mastectomía doble sin mi consentimiento, y pagada.

*

Supe que Claudia anda buscándome, después de treinta años. Pero se me empereza el estómago de saber que tengo que escuchar sus historias de ascenso social. Hace mucho dejó de ser pobre y flaca. A Adriana le debo una bofetada con intereses, por cobrarle a mí sus odios de género. Por los discursos llenos de laberintos, pasos mi-

núsculos que reculan siempre hacia la torre de control en donde se aprieta más el cilicio para disciplinar a la arrogante que sonrío porque, la verdad, nadie está a tu altura, ¿cierto, Adriana? Bofetada y media para esa malparida. A Lilly le encantará verme el busto como dos fichitas de parques, para que mi figura se estilice, mi figura, que parece más un termo de lonchera de tercero de primaria. Karina se me esfumó del corazón, la había adoptado como hija, pero ya me acordé de que yo no quiero tener hijos, así que aborto a la adoptada.

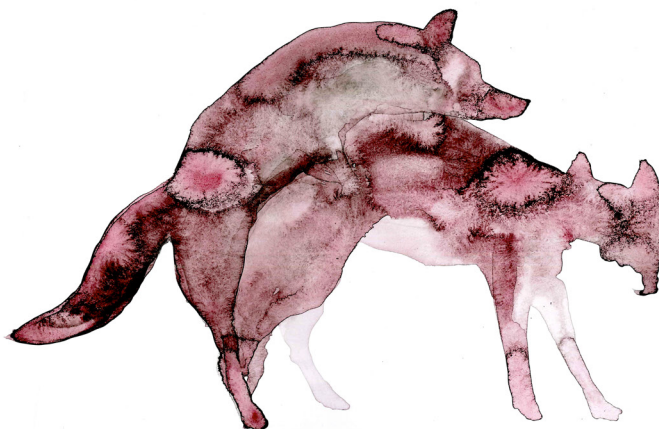
Me vuelvo paciente habitual día de por medio para la revisión de la cirugía, en el gran palacio. El cirujano me hace cómplice de algunas anécdotas. A su nuevo cariño por mí se sumaron las miradas largas y las manos en mis hombros tratando de hipnotizarme para que al espejo yo viera un busto cada vez más grande. Cambia mis vendajes cada vez como si me apoyara en un lecho nupcial, y sus párpados tristes y sonrisa de hombre madurado con whisky fino me anulan el lóbulo frontal. Luego me escribe más fórmulas de pomadas, entra la secretaria a consultar si puede subir el aire acondicionado, porque se está ahogando del calor. El doctor la fulmina: deja eso quieto. Luego al instante de nuevo tierno conmigo suspira y se burla: ah, estas mujeres menopáusicas...

Y yo me río con él.

Gabriela García de la Torre estudió Literatura en la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Se desempeña como editora de textos. Cursó algunos talleres de escritura creativa en la Universidad Central en Bogotá, y actualmente asiste al taller de escritura creativa de la Universidad de Antioquia, dirigida por Luis Fernando Macías.

Un puñado de arena

Ana Catalina Córdoba Arango



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

Diego abrió los ojos, extendió el brazo para coger el celular de la mesa de noche, miró la hora y justo debajo leyó el nombre “Jaime Supervisor”. Habría sabido, incluso sin el teléfono, que no eran más de las cinco de la mañana; solo se veía negrura por la rendija entre la ventana y la persiana. También habría sabido que nadie más que el supervisor nocturno, encargado del seguimiento de las tractomulas que transportaban mercancía entre los municipios, lo llamaría a esa hora. Fue al baño a echarse agua en el rostro antes de contestar.

—Jefe, qué pena molestarlo a esta hora, pero es que tenemos un problemita.

—¿Un problemita? A ver, Jaime, no me despertó por un “problemita”.

—Jefe, sí, es que... ¿se acuerda de la mula que iba a cubrir Medellín-Bogotá?

—Mmmm.

—Se prendió.

—¿Cómo que se prendió?

—Sí, se prendió, se incendió..., se está incendiando.

No me jodan. Cualquier rastro de somnolencia que no hubiera borrado ya el agua, se lo quitó el tedio de tener que resolver chicharrones a esa hora.

—¿Qué pasó?

—¿Se acuerda de la llanta que no estaba girando bien?

Inmediatamente se vio a sí mismo, hacía unas horas, dando el visto bueno para que la mula saliera. Según había dicho el conductor, él mismo podía hacer un ajuste temporal y cuando llegara a Bogotá se iba para al taller. No era nada grave, podía esperar. Ya estaba cargada, si se ponían a repararla se retrasaría la operación, habría que descargar, esperar que otro vehículo estuviera disponible, volver a montar las cosas. Incumplir la promesa de servicio, quedar mal con los clientes.

—Cuando iba llegando al Alto de la Virgen esa llanta se prendió —continuó Jaime—. Como que el arreglo no quedó bien hecho y esa rueda se fue frenada hasta que se incendió con la fricción. Y como era una de las llantas del cabezote, el calor subió hasta el motor. El conductor intentó apagarla, pero nada. Con el extintor redujo la llama, pero ya estaba demasiado caliente el metal.

Este güevón no llevaba ni una hora de camino. Valiente arreglo.

Empezó a darle indicaciones a Jaime sobre cómo manejar la situación, a quién llamar, qué hacer, cuando le cayó encima, como

rayo, otro recuerdo. Solamente atinó a decirle que lo volvería a llamar en cinco minutos. *Mierda, mierda, mierda.*

En esa tractomula van los químicos.

Completó la visión de sí con la imagen de Jaime diciéndole: “Jefe, yo ya cuadré con los muchachos, es mejor no ponernos a descargar”. Eso significaba que al interior tenían la mercancía organizada con la particular disposición que usaban para transportar los oxidantes con los inflamables: el peróxido al fondo, en la contracabina, envuelto en bolsas negras; luego telas, cascos, bicicletas, partes de motos; y en la cola, al lado de la puerta del tráiler, los cuñetes de pintura.

Se dio unas cachetadas suaves esperando despertar de una pesadilla, pero nada pasó, solo unos ojos enrojecidos y separados por un ceño muy fruncido devolviéndole la mirada en el espejo del baño, donde se había quedado petrificado.

Tantas veces lo habían hecho sin problema. Era una estupidez mandar dos camiones para el mismo trayecto, un gasto innecesario de dinero. Además, el cliente estaba respirándole en la nuca. Si esperara a hacer todos los despachos de oxidantes los miércoles, como decía el protocolo, ¿qué se supone que debería hacer con la gente que no quiere esperar a la otra semana para que le despachen su mercancía? Además, era improbable que entraran en contacto, por algo los ponían distantes. Con tal de que no hubiera filtraciones, nada pasaba y nadie se enteraba. Ocultaban las hojas de seguridad con las restricciones y solamente al momento de la entrega las grapaban a la guía de carga, de modo que ni siquiera tenían inconvenientes si los detenía la policía. ¿Y si en esta ocasión, por algún motivo, entraran

en contacto? ¿Si se supiera que estaban ahí los químicos?

Temblaba y una opresión en el pecho casi le impedía respirar. Logró caminar hasta la habitación y sentarse en su cama, las luces ya todas encendidas. Cogió una moneda, lo primero que encontró en la mesa de noche para intentar calmar los nervios. Se percató de que en medio de la angustia no había preguntado lo suficiente y llamó a Jaime de nuevo, una mano agarrando el celular mientras la otra hacía pasar la moneda de un dedo a otro como si bajara unas escaleras.

—Jaime, ¿el conductor está bien?

—Sí, jefe, paró al borde de la carretera, trató de apagar la llanta y cuando vio que no se apagaba, llamó a los bomberos. Ya hablamos con la aseguradora.

—¿La aseguradora?

—Sí, la aseguradora. —El supervisor detectó el cambio en la voz de Diego y empezó a excusarse—. Como el fuego empezó por lo de la llanta, no tuvo nada que ver con los químicos...

—Shhh, Jaime. Espérese. ¿Está solo?

—Sí.

—¿Todavía hay manera de entrar?

—Jefe, ahí no hay como entrar. Si quiere le reenvío una foto que me mandó el conductor.

En la imagen se veía la tractomula abrasada por las llamas: cabezote, trompo y contracabina al rojo vivo, densas nubes negras elevándose hacia el cielo. El fuego, sin duda, había iniciado devorando la parte

frontal y se abría camino por el tráiler. La cola todavía estaba fuera del alcance de las llamas. Se distinguía que se había orillado hacia una ladera, en la foto casi completamente oculta entre la humareda, y también víctima del fuego.

—Jaime, ¿entonces los químicos siguen adentro?

—Toda la mercancía está ahí.

—¿Ya habló con los muchachos que cargaron? ¿Dónde pusieron los oxidantes?

—Jefe, en la contracabina.

—¿Y los inflamables? ¿Dejaron los siete metros?

—Eh, pues sí...

—Jaime, dígame la verdad.

—Están como a un metro de distancia, les pusieron dos filas de llantas de bicicleta de separación.

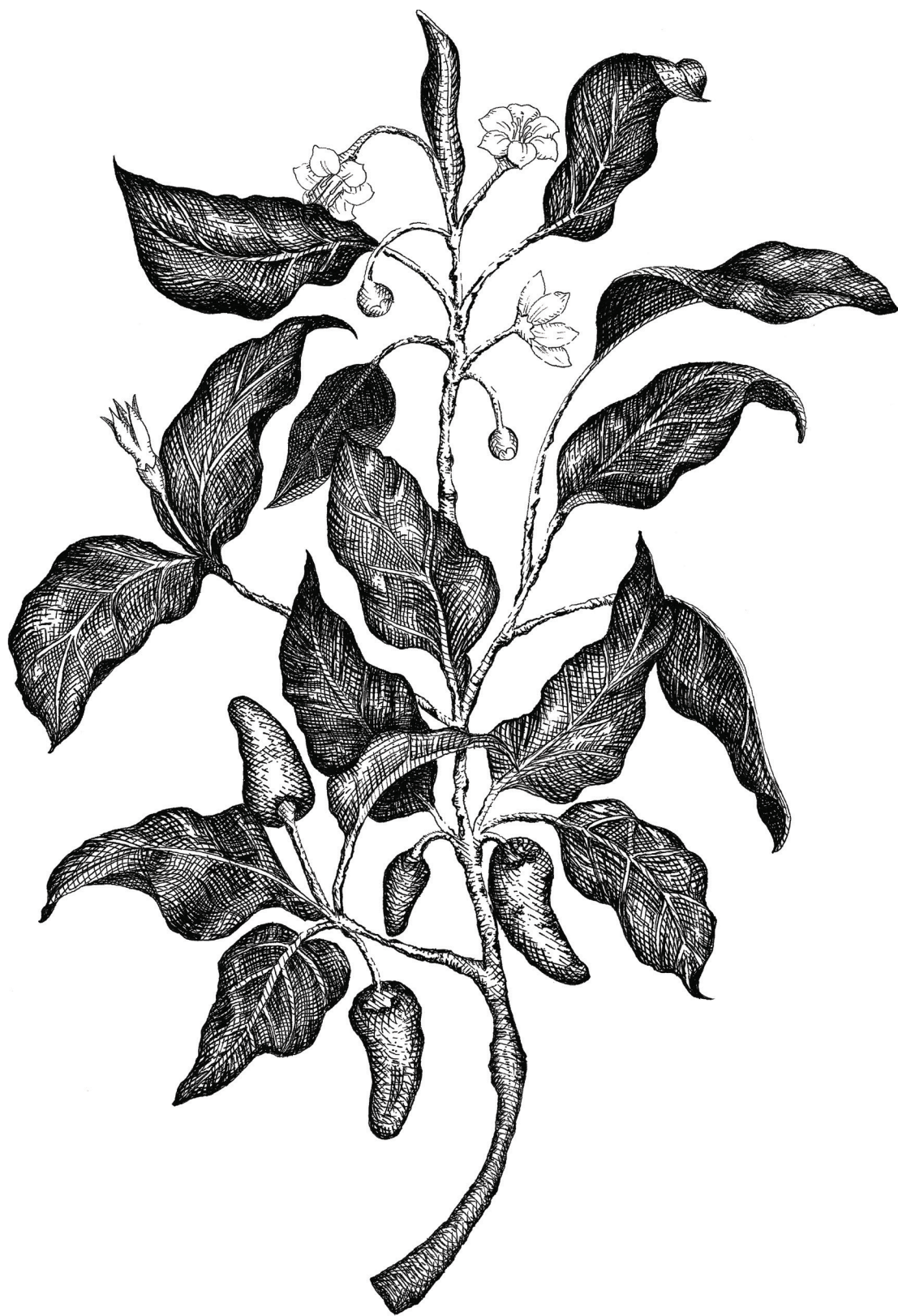
—Grandísimos hijue... ¿Y entonces por qué putas llamó a la aseguradora?

—¿Como así?

—¿Usted es que es güevón? ¿No se da cuenta de que si la aseguradora se entera de que estábamos transportando esos químicos juntos no nos van a pagar nada?

—¡Pero el fuego empezó en la llanta!

—¿Y usted cree que eso va a ser excusa si reaccionan los químicos y, aparte de incendiarse, esa mula explota? Sabe qué, Jaime, no me joda. —Y colgó.



Subió las manos por toda la cara, oprimió con fuerza los dedos en el entrecejo, los escurrió por las cejas hasta llegar a la sien, donde hizo pequeños círculos tratando en vano de ahuyentar las imágenes de los bomberos intentando apagar el fuego y siendo atravesados de repente por proyectiles de metal. Las manos siguieron su camino frente arriba y de ahí por toda la curvatura del cráneo hasta anclarse en el cuello.

Lanzó la moneda al aire, haciéndola girar sobre su eje, para volverla a atrapar en la palma de la mano derecha y descubrirla sobre el dorso de la izquierda. Sello. Qué hacer, qué orden dar. Cara ¿Había alguna forma de mitigar el daño o al menos evitar algo peor? Cara. Podía contactar al cuerpo de bomberos, informar el tema de los químicos para que supieran cómo apagar el fuego. Cara de nuevo. No es lo mismo un incendio provocado por materiales como madera o plástico que por gases o líquidos inflamables. Y mucho menos mezclados con oxidantes. Sello. Podría prevenir algo peor —algo mucho peor, pero hipotético— a costa de reconocer ante toda la empresa que él, justamente él, proyectado para asumir la vacante en la junta directiva, había omitido los protocolos de seguridad. Por su culpa perderían cientos de millones de pesos entre el vehículo y los productos, o incluso miles de millones, si se dañaba la relación comercial con los clientes, más la sanción que les pondrían. Al menos cuatro personas perderían su trabajo y su incompetencia quedaría tallada en piedra. Sello. ¿Por qué tenía que pasar esto hoy?

La vida siempre se había sentido como estar eximido del examen final. La seguridad arrolladora de que ganaría, incluso antes de la prueba, había sido la clave de su éxito. Una confianza excesiva en sí mismo. A

él nunca le ocurrían esas cosas. Él era un hombre con suerte. El tipo de persona que demuestra que las reglas están hechas para romperse, que quienes siguen las normas al pie de la letra son tontos que no saben aprovecharse de las circunstancias.

La ilusión de estar exento se le fue escapando de las manos como un puñado de arena. Ahora estaba juagado, no solo en sudor, sino con un baldado de humildad. Su arrogancia podría costar vidas.

Con una extraña sensación de duda miró la moneda en su mano: cara, informar a los bomberos de los químicos; sello, que Jaime se calle la boca y esperar lo mejor. No sucedió como en las películas, fue cuestión de un instante para que levantara la mano derecha y se descubriera el resultado: sello. Sin darse tiempo para rebatir la elección de la moneda, le marcó al supervisor:

—Jaime, no se le ocurra decir nada. —Lanzó las palabras de golpe y luego pensó que más le valía un poco de cautela—. Usted mismo lo dijo. Discúlpeme, hermano, estaba muy alterado. El fuego empezó en la llanta, el problema no tiene nada que ver con lo otro, si nos ponemos a mencionarlo lo único que vamos a hacer es sembrar pánico y nada peor que el pánico en un accidente, ¿cierto?

—Pues sí, jefe. Igual es cosa suya, o sea, no es por nada, pero usted fue el que dio la orden de que saliera con el daño, de que pudiéramos los...

—Jaime, usted cálese y listo. Yo sé que fui quien dio la orden, pero a usted tampoco le conviene que haya enredos, ¿o no, Supervisor? —dijo, acentuando cada una de las sílabas.

—Sí, señor Coor-di-na-dor.

Encendió el computador, abrió cada red social y buscó publicaciones sobre accidentes ocurridos en la salida de la ciudad, por la autopista Medellín-Bogotá. Actualizó cada treinta segundos los buscadores a la espera de cualquier noticia. Se bañó y a los pocos minutos estuvo de nuevo empapado en sudor. Trató de comer algo. Después de vomitar el primer intento de desayuno, decidió pasar la mañana en ayunas. Recibía mensajes cada cierto tiempo, informándole del avance del fuego, ninguna garantía. En ese limbo, el peso del tiempo se acumuló en su pecho y aunque sentía que había tenido absoluta consciencia de cada segundo transcurrido en la espera, cuando menos pensó eran las nueve de la mañana.

Jaime lo llamó de nuevo. Le informó, en un tono seco y burocrático, que la decisión tomada por el cuerpo de bomberos había sido dejar arder la tractomula. Era imposible apagar el fuego, así que más bien dejaron que las llamas devoraran el vehículo y se ocuparon de contener la propagación del incendio hacia la colina adyacente. Con todo, lo que antes era una ladera llena de arbustos y árboles, ahora no era más que una gran mancha negra.

—Por la forma en se prendió, desde la cabina hacia la cola, lo que estaba más cerca del motor se consumió primero. La mercancía se quemó a velocidades diferentes, ¿entiende lo que le quiero decir? —Jaime pausó un momento para darle tiempo a Diego de procesar lo que implicaba y continuó—. La mula está carbonizada, ya no se ven llamas, pero la temperatura sigue siendo muy elevada. Tienen que hacer algo para emparejar el calor y ver si logran apagarla del todo. Los bomberos preguntan que qué teníamos



Maria Clara Jaramillo. *Maíz*. Rapidógrafo sobre papel.
28 x 21 cm. 2024

ahí adentro, que eso no se apaga con nada y que le quieren meter la uña de una retroexcavadora, a ver si mezclando la mercancía son capaces de bajarle al calor. Usted dirá.

Hizo cálculos en silencio. Las hojas de seguridad ya tienen que estar quemadas. Los bomberos no tienen cómo saber qué iba a ahí, a menos que yo les diga que no metan la uña. Es improbable que después de todo este tiempo los químicos no se hayan consumido, en teoría ya no habría peligro, pero donde metan esa uña, revuelvan todo y ahí sí se explote esa mierda.

—Jefe, dígame pues qué les digo.

—Que metan la uña.

Toda la tensión acumulada durante las horas de espera empezó a drenarse por los

ojos, mientras apoyaba los codos contra los muslos y se tapaba el rostro con las manos.

—Como mande, jefe.

Lloró uno de esos llantos que salen de lo profundo, como un grito del alma, y que no pueden frenarse a fuerza de voluntad: una presa perforada. Jueputa, qué hice. Las lágrimas no pararon, ni siquiera al recibir el mensaje de Jaime, la confirmación definitiva del éxito. «Ya la metieron, todo OK».

Recobró la posesión de su cuerpo, se levantó y se encontró una vez más con un rostro ajeno en el espejo. Tenía los labios rojos y resecos, las manos en sus mejillas se sintieron heladas en contraste con el rostro febril y húmedo. Se metió a la ducha y dejó que el agua fresca lo golpeará directamente en la cara, camuflando las lágrimas; aun así, el fuego que le manaba del pecho no disminuía.

Siguió minuto a minuto las declaraciones, reportajes y entrevistas. Los delegados de la empresa insistían ante las cámaras en el compromiso de reforzar el mantenimiento de la flota y mejorar la capacitación del personal para el manejo de emergencias. Con las horas y la intervención de la uña, la tractomula fue definitivamente apagándose. Para las seis de la tarde le informaron que los empleados que mandaron de la empresa ya habían podido montarse y empezado a inspeccionar el interior. No había rastro de nada, la tractomula era un esqueleto de metal relleno de escombros. Absolutamente ninguna mención al tema de los químicos. Nadie más que Jaime, Diego y los muchachos que habían cargado la mula, acostumbrados a olvidar pequeños detalles por no tan pequeñas sumas de dinero, lo supo. Cero muertos, cero heridos. Un milagro.

Diego le pidió a Jaime que se encargara de las conversaciones con la aseguradora y esa misma noche recibió las buenas noticias:

—Jefe, usted no me va a creer lo bien que nos salió todo. No tuve ningún problema con los clientes. Les di una buena aceitadita y quedaron hasta lo más de contentos. Y con la aseguradora, goleamos. Nos cubrieron el cien de la mula y el setenta y cinco de la mercancía.

En el silencio de la línea vacía, una aparente quietud se apoderó del ambiente. No se escuchaba un murmullo, los sonidos de la calle y de los vecinos eran un ruido blanco, telón de fondo de los pensamientos. ¿Y este hijueputa quién se cree para venir a hablarme como si nada hubiera pasado?

Sentado en la cama, la espalda recostada contra la cabecera y los brazos cruzados, inmóvil y aún víctima de una sensación febril que los antipiréticos no eliminaban, vio la habitación llenarse de sombras. Por pura costumbre, extendió los brazos para cerrar la persiana y los volvió a entrecruzar. Con los fantasmas merodeando, resistiéndose al sueño y al olvido, los ojos inyectados en sangre detectaron minuto a minuto el paso del tiempo filtrándose por la rendija. La penumbra de la noche cedió paso a la claridad de un nuevo día.

Ana Catalina Córdoba Arango es psicóloga, máster en Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid. Este cuento hace parte del libro *Biografía de una idea y otros relatos* publicado por © Esdrújula Ediciones y la Universidad de Granada en 2024. Pertenece al taller de escritores de Juan Diego Mejía.

Tres poemas de agua

Paloma Pérez Sastre



Maria Clara Jaramillo. *Erythroxylum coca*. Rapidógrafo sobre papel.
28 x 21 cm. 2024

Compromiso

En cascada
por el tejado
brillan hilos de agua.

A esta hora
demorada en la ventana.

No ha sido mi culpa
que lloviera.

Ducha

Por la pared descenden
las gotas diminutas.

Sobre el blanco
el sol insufla brillo
y en mis ojos congela
el arrebató.

Medium

Recojo agua lluvia
para que las plantas de adentro
alimenten su amistad con las nubes.

Paloma Pérez Sastre es escritora y profesora universitaria. Ha publicado, entre otros, los libros *Como la sombra o la música: cuentos y crónicas*, *Oficios afines* y *Álbum de pegados*.

La caricia de una rosa

Ana María López

Se despertó sobresaltada. La penumbra la envolvía, los párpados seguían sellados con la luz de la luna acariciándole las pestañas con destellos plateados. Entraban los rayos en tiras a través de la transparencia de las cortinas, y el collar de sol brillaba sobre las clavículas, como si también supiera que algo estaba a punto de suceder.

Un hormigueo le recorrió los pies. Luego, el picor, primero leve, casi una caricia; después feroz, como una invasión. Sentía las ramas extendiéndose desde su vientre hacia su cabeza, desde su vientre hacia sus pies, desde su vientre pasando por las manos hasta las puntas de los dedos.

No, otra vez.

Intentó moverse, pero su cuerpo no le obedecía. Estaba desesperada, no podía abrir los ojos. El silencio era una música espectral que la envolvía, notas de una melodía que conocía pero cuyo origen se le escapaba. Le venían recuerdos que la estrangulaban, que le mordían las piernas, los brazos, le quemaban la carne en un deseo placentero. Un fuego que dolía y placía al mismo tiempo, en un lugar donde habitaban las ausencias. Sonaba la melodía; las notas le anudaron la garganta. No era la primera vez que le ocurría. Aquella melodía, extraña y familiar al mismo tiempo, se le había metido en la cabeza como un eco persistente, un fragmento de sueño atrapado en el inconsciente.

Ha vuelto.

El sonido la arrastró a las imágenes: la luna llena entrando en susurros por la ventana, el calor de unas sábanas revueltas, piernas, manos, miradas, dedos entrelazados buscándose en la penumbra, corazones latiendo al mismo ritmo, cabellos enredados en la almohada. Luego, un cielo naranja, un sol ruidoso despertando en cantos al jardín de rosas, acompañado del eco de unas botas empantanadas caminando en el piso de madera de la cocina, el aroma del tabaco mezclándose con el café. No sabía si eran imágenes de su memoria o retazos de un sueño que se repetía cada vez que aquella canción maldita aparecía en su vida.

En sueños las imágenes de un paisaje interno que había sido reflejado por una sombra, y en vida unas ramas que consumían y desgarraban desde su vientre hacia todos los exteriores devorándole cada brazo, cada mano; apretando el corazón desde adentro, un dolor feliz desde el olvido. Las enredaderas se enroscaban, se expandían, y ahora traían espinas. La luna, testigo de la destrucción, había desvanecido todo dejando el silencio y una calma misteriosa.

De repente con los rayos del sol haciendo brillar el cabello, noche brillante que se derramaba sobre la almohada como un río detenido en el tiempo, revelaba la verdad de lo que se avecinaba.

Desde las entrañas de su vientre, desde el centro de todo ser, su ombligo, nacía una rosa con pétalos de un rojo vibrante que, con su belleza y espinas crueles, le devoraba con



Maria Clara Jaramillo. *Teresita*. Rapidógrafo sobre papel. 35 x 35 cm. 2024

ternura lo último de su carne y desangraba en susurros las últimas partes de su cuerpo. Su cara, ahora arañada, era irreconocible por el dolor, los cabellos se desprendían en gruesos mechones, su piel estaba perforada por agujijones. Lo más hermoso del jardín consumiendo y destrozando cada pedazo de su silueta, apretándola con tanta dulzura hasta que salieran las lágrimas.

Cuando la flor terminó su obra todo quedó en calma, la última lágrima rodó por su mejilla antes de que se desvaneciera por com-

pleto y el sol permaneciera brillando sobre el nuevo jardín en la cama. Nadie supo qué ocurrió aquella noche en esa habitación. Solo quedaba la rosa, en un nuevo paisaje reflejado, hermosa, vibrante, solitaria y creciendo entre las sábanas. Solo la luna, en la próxima noche, la recordaría.

Ana María López hace parte del taller de literatura que dirige la escritora Emperatriz Muñoz.

La templada

Marta Catalina Acosta Acosta

*Mamá, donde están los juguetes,
Ay! Mamá el niño no los trajo.
Será, que tú hiciste algo malo
Y el niñito lo supo
Por eso no los trajo.*

Hasta ahí cantaba el villancico La Templada, la hija de un padre rico que, siendo dueño de una carnicería, llevaba solo las sobras de su negocio para la casa. Les daba techo y comida, sin discriminar la calidad de lo uno ni de lo otro. Un techo que parecía venirse encima algunas tardes, después del trabajo, cuando la esposa debía quitarle los zapatos y lavar sus pies, sin saber si le agradecería con una patada como la vez anterior o la anterior a esa.

El padre, dentro de la misma lógica maliciosa, compraba los aguinaldos, pero no para todos sus hijos. Según él, no tenía suficiente dinero. A la madre no le era permitido dar obsequios de consolación y tampoco habría estado en condiciones de competir con los regalos de su esposo. A veces le recriminaba a Dios por qué si era la única casada de sus hermanas, “no precisamente unas santas”, vivía peor que todas.

La decisión acerca de los favorecidos del Niño Dios dependía de dos cosas, por un lado, de la talla de las prendas o de los zapatos que aparecieran primero durante la compra, y, por otro, de quienes no habían recibido algo la vez anterior, se debía mantener viva la esperanza. Los hijos se llevaban dos o hasta tres años, gracias a algunas

novedades, como le decían en la época a pérdidas o abortos espontáneos. En caso de que no les quedara bien lo correspondiente, hecho poco usual, el papá prometía ir a cambiar el regalo, pero hasta ahí llegaba el asunto.

Algunas veces, tres obsequios; otras, cuatro. La cantidad de presentes rodeaba la mitad inexacta de siete, eso sumaban sus hijos. Nunca llevaba juguetes, pues se podían compartir y lo importante era ver los ojos de los niños, tratando de entender por qué había o no, un *traído* a los pies de la cama.

La Templada, ya de adulta, todavía recordaba haber visto a sus dos hermanas estrenando. La mayor lucía un vestido precioso. Siendo niña juró para sus adentros que, si más adelante tenía hijos, les iba a enseñar a nunca antojarse de nada, algo bastante difícil. Sin embargo, ella, al parecer, lo había logrado. Se convirtió en la única, a pesar de no ser de las mayores, que ponía a dudar al padre en lo relativo a un desinterés absoluto por la cuestión de los *traídos* del Niño Dios. Desde ahí empezó a ganarse su respeto.

A veces alguno repetía la ausencia de regalo, pero nunca más de dos veces seguidas. A esas edades tres años puede hacer renunciar a la ilusión a los que no reciben nada. Su interés consistía en mantenerlos expectantes. A la querida y sus cinco hijos, algunos, ni siquiera suyos, los trataba de un

modo muy distinto, sin humillaciones ni golpes. Hay hombres que no toleran lo establecido, los compromisos, el matrimonio.

La esposa lo soportaba todo por lo del techo y la comida. No tenía para donde irse con tantos niños. Techo y comida, literal. Nunca un techo que además significara protección o una comida que alimentara el amor propio. El sentido figurado de las dos palabras, un lujo que el padre les podía dar con su dinero, pero no con su corazón, resentido desde la infancia. Cuando niño, si no había nada qué hacer, lo mandaban a desbrozar con la mano, sabiendo que ya era capaz de hacerlo con el machete: cualquier cosa con tal de no verlo desocupado.

Algunas tardes les daba dinero a sus hijos para un dulce o los mandaba al parque, en esos momentos aprovechaba, aunque no siempre pues la idea era jugar con la incertidumbre, para golpear a su esposa. De ser ese el caso, luego solo permanecían como testigos las lágrimas de la madre, algo con lo que se solidarizaban, especialmente las hijas. De ese modo, lo bueno, un aguinaldo o un momento agradable, se mezclaría con lo malo, con el sufrimiento de los otros, fueran los hermanos o la mamá.

El padre quería cobrarles el techo y la comida o lo que, para él, era el peso del compromiso y, también, sentirse el más poderoso: al descomponerlos por dentro, la distancia entre su familia y él se hacía más grande, hasta convertirlo casi en un Dios. A ratos le entraba el miedo de saberse malo, pero se repetía: techo y comida, techo y comida.

La mayor, ya adolescente, empezó a sospechar del llanto de su mamá, entonces escondida, esperó, dentro de la casa. Se abalanzó

por detrás del padre cuando empezó la golpiza, sin saber cómo fue la ganadora. La sorpresa y la vergüenza desarmaron al hombre que siguió tratando mal a su mujer, pero nunca le pegó de nuevo: los que golpean a la esposa, son los más cobardes de todos, pensaron algunos al enterarse de lo sucedido.

Qué orgullo, a veces el cuerpo, en un solo día, cura los dolores que el alma acumula en años. La Templada quiso ser como su hermana, pero no tenía el tamaño ni la fuerza, era la cuarta en la sucesión de los hijos, entonces siguió desarrollando la dignidad nacida en ella con el asunto del Niño Dios, y una poderosa mirada de desaprobación. Sin notarlo, de ese modo comenzó a templarse, no podía dudar, ni tratar de comprender los detalles o un cambio en la situación, solo exigir respeto para su madre, disciplina y orden.

Cada uno hace lo que puede para lidiar con el dolor, en ocasiones las estrategias coinciden. Con el tiempo: todas, las tres mujeres, empezaron a fumar de forma compulsiva y todos, los cuatro hombres, a beber, y dos hasta se volvieron violentos como el padre. La situación llegó al punto en que valía más una mirada de La Templada para detener los golpes de los hermanos que la fuerza de la mayor. Eso la convenció aún más de mantener su posición de convicciones inamovibles.

Ya con veinticinco años, La Templada se casó y, además de seguir pendiente de su madre, tuvo un niño y dos niñas. Se sentía orgullosa de ellos, pues nunca entendió cuando sus amigas, otras madres, se quejaban por lo desobedientes que eran los hijos, mientras ella con una mirada tenía

para hacerse obedecer, aunque casi nunca era necesaria pues los tres marchaban al unísono con sus pasos, al igual que la mayoría alrededor suyo, exceptuando algunos pocos como su esposo, un hombre rico que en cuanto a lo emocional recordaba la frase “techo y comida”.

Su mejor amiga *La de Cúcuta* que también parecía estar de acuerdo con ella en todo, esperaba las señales para ir a visitarla a Medellín, cuando fuera conveniente y el beneplácito para poderle encargar algunas compras cada que iba a Estados Unidos con el fin de tratarse el cáncer, pues no siempre la maleta era lo suficientemente grande o las escalas del vuelo le permitirían traer más cosas de la cuenta.

Por esos tiempos iba cada dos años al MD Anderson Cancer Center en Houston. Su cáncer no pertenecía al grupo de los que se asocian directamente al cigarrillo. Quizá alguien tan templado en algún momento debe doblegarse así sea frente a una enfermedad. Tal vez fue eso, tal vez no, de todas formas, nunca se quebró frente a nadie, solo cedió ante la muerte.

Del último viaje trajo ocho muñecas *Barbie*: cuatro, para las sobrinas de su amiga, tres destinadas a su hija menor, y otra encargada por una hermana. Al sacarlas de la maleta, las puso sobre una barra de madera que había en su pieza, recostadas contra la pared. Comenzó a mirarlas con detalle.

Qué bonitas, si a su edad las admiraba, cómo se sentiría ser una niña y poder jugar con ellas. Recordó el techo y la comida que nunca le faltaron y algo pareció ceder en su interior. Siguió observando, empezó a organizarlas en orden de belleza de izquierda

a derecha. La más barata llevaba un vestido de baño, pero tenía una de las caras más lindas.

Recordaba los nombres de tanto oír conversar a sus hijas, aunque no era necesario hacerlo, pues se podían adivinar por el tipo de ropa y los colores: la *Bañista*, la *Patinadora*, la *Durazno*, la *Dorada*, la *Española*... Siguió encontrando y buscando las diferencias. Luego de compararlas un rato, estuvo segura de que la mejor cara pertenecía a la *Patinadora* y el mejor vestido a la *Durazno*.

Sabía que, como un efecto secundario de su diseño, las cabezas eran intercambiables, si se hacía con el cuidado suficiente para no quebrar el cuello en el proceso. Quiso armar la mejor muñeca de todas, según ella, para su hija menor. No pensó en el pelo de la *Durazno*, cespado en las puntas a diferencia del de la *Patinadora*, pero sí en que por suerte esta tenía una piel lo bastante blanca para aceptar la cabeza de la otra.

El problema fue que la más bonita resultó no ser de las suyas. Los adultos no lo notarían, solo los niños y ella se daban cuenta de esas cosas, pensó. En un acto de egoísmo, pero también de verdadera necesidad, siguió adelante. No fue consciente de su obsesión. Se lo atribuyó, en un instante inicial de justificaciones falsas, a la admiración sentida por sus caras pintadas a mano.

Después de verificar el plan en su mente, comenzó casi de forma automática a retirar la etiqueta de seguridad que mantenía cerrada la caja de la *Patinadora*. Debía despegar el sello sin arrugarlo y sin que se llevara un pedazo del laminado con él. Se dijo a sí misma que era necesario comprobar el contenido de la caja, ver que todo estuviera en

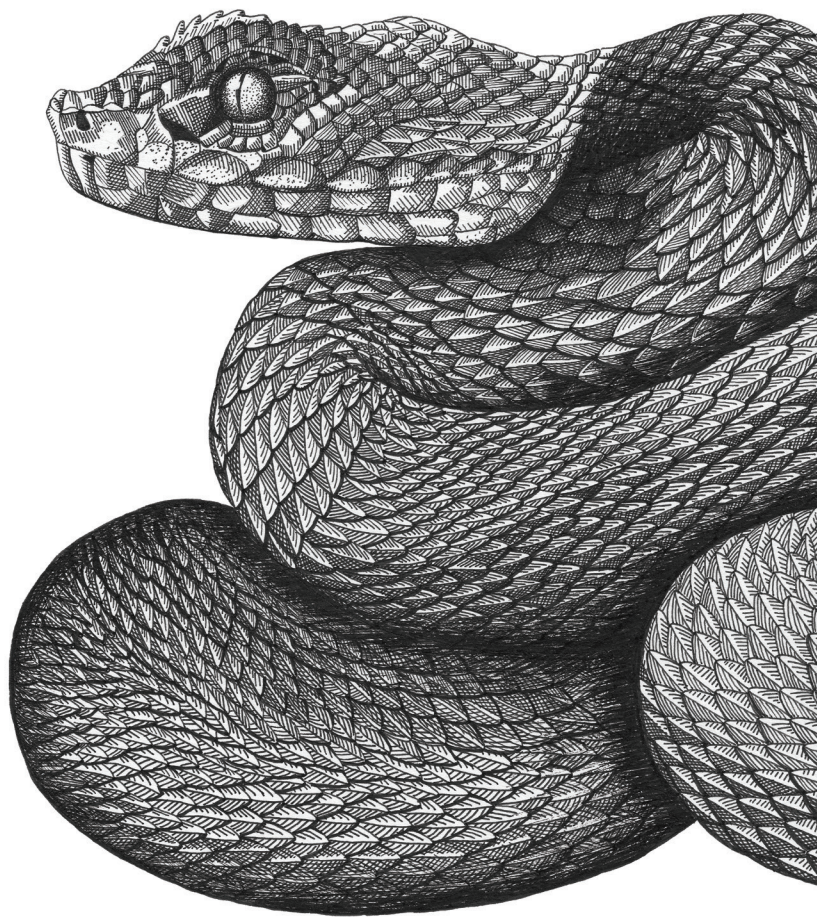
su punto. No pudo evitar lo que estaba haciendo, parecía como si algo se hubiera apoderado de ella.

Luego de la etiqueta, venían unos alambres y cintas pegantes que sujetaban la muñeca dentro del empaque. Al comienzo ignoró que esa en particular era un encargo de su mejor amiga. Ya en el punto en que estaba no pudo ni quiso echar para atrás. Continuó con la meticulosidad que le había permitido ser la mejor en dibujo técnico de la Escuela de Artes y Oficios.

Ahora debía repetir el proceso con la del vestido más lindo, una que sí le pertenecía. De nuevo, toda la paciencia. Su hija menor entró a la pieza para sacar el betún de un cajón debajo de la barra de madera donde se encontraban las muñecas. Supo por la costumbre de leer a su madre, que debía salir de nuevo lo más rápidamente posible. La Templada se tranquilizó al ver en su expresión que no entendía lo que estaba pasando.

Todas las *Barbie* lucían muy bellas, pero ella creía saber cuál era la mejor objetivamente, como si los gustos también pudieran dictaminarse por ley, tal vez por la misma ley que no le permitió darse cuenta de sus verdaderas motivaciones: a la niña se le ocurrió que su mamá estaba jugando con las muñecas y no se equivocó. Su madre era la que no entendía.

Terminado el intercambio, pensó que dos muñecas de ocho no era tanto. Empezó a cantar el villancico, y sin notarlo, por primera vez, desde que



Maria Clara Jaramillo. *Víbora de pestañas*. Rapidógrafo sobre papel.
28 x 21 cm. 2024

lo conocía, pudo recordar el resto, la parte que siempre olvidaba:

*Mi amor, ya no te sientas triste
Mi amor, si a tu lado me tienes.
Y así, esperaremos juntos,
Rezaremos al cielo,
Hasta el año que viene.*

Marta Catalina Acosta Acosta es bióloga de la Universidad de Antioquia. En 2023 el Fondo Editorial de Eafit publicó su libro de cuentos *Así me tiemble la voz*. Perteneció al taller de escritores de Jairo Morales Henao.

Morriña

Diana Marcela Muñoz Molina

En memoria de mi abuelo Jere

Se puso los tenis viejos que usa cuando le toca ir al pueblo, se terció el morral de lona que le había hecho su abuelo y luego le dio la espalda a la casa de paredes de ladrillo desnudo. Las puertas grises se despidieron, motivadas por el viento, con un chillido suavecito.

El pueblo está bien allá. Después de los cafetales. Le toca cruzar el hueco, después bajar la loma, pasar por el cajón y cruzar el puente. Al concluir su travesía, el camino de barro amarillo se convierte en calles polvorientas y Morriña lo recibe en su seno.

El camino hacia el pueblo es largo y tedioso, pero le gusta bajar porque siempre hay algo para ver, algo que contar en la casa a la hora de la cena y con lo que espanta a manotadas la monotonía que se instala en cada rincón y que asfixia a las arañas.

A veces la novedad es un funeral, los muertos nunca se acababan en Morriña; otras veces es una casa quemada, la mayoría de viviendas son de bareque y caña brava, y como el sol pica tanto, seguido se prenden las cañas secas y a plena hora del almuerzo se consume una casa. Morriña es un pueblo silencioso, y las novedades se deshacen sigilosas en su lecho, por eso le gusta bajar, para aprovechar lo que puede antes de que una nueva alba se lo impida.

En el morral lleva el fiambre envuelto en hojas de plátano ahumadas y un tarrado

de aguapanela con limón para bajar la seca. También lleva los aretes del matrimonio de su mamá. Este año no hubo quien cogiera café y la cosecha se perdió; entonces le toca vender los aretes, a ver cuánto puede llevar de carne y de sal.

Se pone en marcha y camina a paso rápido. Cuando pasa enfrente de la casa de doña Carmen intenta cruzar agachado, no quiere que le hable de esos años inmemorables cuando fue reina.

—“¡Jeremo! afane que a las cuatro llueve”.
—La afirmación de doña Carmen lo desconcierta. Se queda agachado detrás de la mata de mora, pensando en cuando lo vio. Se queda pensando, aún falta mucho para las cuatro. Mira el cielo, no hay indicios de lluvia.

A Jeremías le gusta cuando le toca pasar el hueco, es un trozo de montaña, fresco y sombreadito. Hay muchos a los que el hueco no les gusta, los atormenta el frío que se pega de la ropa y más allá se les tira a las matas de café para tullirlas. Otros le huyen porque sus recuerdos más vergonzosos se escapan en montonera y se cuelgan de la peña, les acongoja que las piedras se les rían todo el día. A Jeremías no le ha pasado nada así de interesante, solo ha visto un par de veces a unos niños corriendo de cabeza, pero nada más.

La loma está expuesta a los rayos del sol más que cualquier otro lugar en el mundo, podría jurar que, si se estira lo suficiente,

alcanza el astro mayor con la mano. El sol le pega a uno de frente, a cualquier hora del día, y de donde sea que uno venga. Derrite las entrañas de manera lenta, por eso baja la baja corriendo, odia cuando le empiezan a hervir los pensamientos.

Se lanza en picada, nada más ver las primeras piedras. Los tenis de tela ponen a volar piedrecillas. El polvo amarillo se levanta, danza con el viento. Fulgura bajo el sol, como si de oro se tratara. Corre. Siente los pies ligeros. Siente el aire abrasante, lo siente por un momento simple y cortito. Siente la gravilla moviéndose de su lugar, y como el mundo da una vuelta. Y después otra. Y después otra...

El sol no deja rastro de la sangre. Las gotitas no caen, sino que suben. Danzan con el viento como tristes bailarinas, que luego de su pequeña participación, desaparecen en el aire. Solo sabe que estuvieron por el sabor a alambre viejo que se le mete hasta la garganta.

El morral se le enredó en la nuca. Los portas y los ataditos cayeron lejos. La aguapanela ya se ha consumido de tanto hervir cuando la agarra para volverla a guardar. Mete todo otra vez en el bolsito y se va. Baja caminando rápido, se saca las piedras que se le encarnaron en las rodillas apenas alcanza sombra. Se humedece los labios con la miel amarga, la que, por compasión, el sol dejó en el fondo del tarro donde llevaba la sobremesa.

El pedazo de camino para llegar al cajón se le hace eterno. El dolor en las rodillas y las palmas de las manos le sacan lágrimas calientes que se escurren silenciosas por sus mejillas y se lanzan en picada contra el barro. Dejan un rastro como el de Hansel



Maria Clara Jaramillo. *Theobroma cacao*. Rapidógrafo sobre papel. 28 x 21 cm. 2024

y Gretel, pero no colmado de la esperanza de un regreso, sino empapado del dolor y la tristeza de un niño de 12 años que se enfrenta al extraño mundo.

Mucha gente dice que en el cajón asustan, por eso Jeremías se va temprano, para volver antes del atardecer. No quiere que lo persiga el diablo. Así le pasó a su mamá, a la vecina, a su abuelo y a muchos otros. Dice que a más de uno se le aparece como un toro negro grandísimo que se baja desde la peña resoplando, arrastrando piedras del tamaño de una casa y dejando sin paso más de un día. Otros lo han confundido con un camión, porque bufa durísimo y levanta mucho polvo. También lo han visto con forma de perro, camina rabioso y botando una espumarada verde llena de gusanos desde las cuencas de los ojos vacías.

El cajón es un trecho pavoroso, bien sea por el diablo, o por la naturaleza de este mismo. Jeremías siempre pasa rezando por allí, agarrando bien duro la crucecita de madera de guayabo que él mismo hizo. El camino amarillo se ve rodeado por peña, es muy angosto. Cuando el diablo se aparece, no hay mucho por donde correr.

Su abuelo le contaba, que cuando era joven, un señor negoció matrimonio con un extranjero para su hija menor, pero la boda no sucedió. La Güipa morocha, que era como le decían, era tan grande que no pasó por el cajón y el cortejo se tuvo que devolver con la muchacha hasta la casa paterna.

Después del cajón, Jeremías camina más rápido. Está por llegar al puente, cuando dos tipos que nunca en su vida ha visto, montados en caballo, lo alcanzan. Uno saca el machete, le dice que le pase el morralito. Jeremías sabe que los aretes son el sustento de más de una semana. Se le eriza la piel del miedo. Mete la mano al morral, tantea, solo tiene uno. Debió perder el otro cuando se cayó.

Los árboles de eucalipto que rodean el camino desprenden un aroma tranquilizante que baila con el viento y le susurra al oído que sea valiente. Se traga el nudo de la garganta, el que lo quiere asfixiar desde adentro. Entonces se echa a correr.

La sangre que sale de sus heridas se mezcla con sus lágrimas, se fusiona en el aire en una mezcla de humanidad, antes de fragmentarse contra la tierra.

El hombre del machete lo alcanza primero, el filo de la hoja brilla en lo alto. El sonido de sus pasitos aterrorizados se ve apenas interrumpido por el zumbido del metal cortando el viento, suena como las abejas enojonas de

doña Carmen. El impacto le quema la espalda, lo tira al suelo. También se siente como un piquete de abeja, pero multiplicado por mil.

Los hombres cogen el morral y agarran para el pueblo. Los ve desaparecer en la curva del camino.

El niño empieza a nadar en un charco espeso. Respira pesado. Las lágrimas de rabia lo ahogan. El aroma del eucalipto le susurra que sea valiente. Se levanta. Está empapado de pies a cabeza, no mira si es sangre, o sudor. El aroma del eucalipto le susurra que sea valiente. Corre tras los ladrones, impulsado por el sueño de un niño de doce años. Quiere alcanzar las primeras casas de Morriña, quiere describir a los ladrones antes de caer al abismo de la inconsciencia.

Se cae llegando al puente, el barro amarillo lo recibe con brusquedad. Le duele vivir. De su boca solo sale un pequeño murmullo: “los de los caballos...” El puente le dice que no ha pasado ningún caballo. El río dice lo mismo. El camino le dice que es el primero en pasar durante mucho. Jeremías se levanta, cruza el puente, jadeando como una vaca en el matadero. Alcanza las matas de caña brava. El viento viene detrás de él, trae un rumor de muerte. Pasa con violencia y se lleva el matorral. Arranca de raíz las esperanzas del niño.

No hay nadie. No hay casas. No hay ningún pueblo. Solo hay un potrero de pasto amarillento, que lo recibe con ternura cuando cae al abismo y lo abraza cuando empieza a llover a las cuatro.

Diana Marcela Muñoz Molina es estudiante de pregrado de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.

PROGRAMACIÓN ACTIVIDADES CULTURALES

ABRIL / 2025

Conversatorios y cátedras



Medellín, Te siento así

Abril 03 2025 | Jueves 6:30 p.m. | Paraninfo UdeA Edificio San Ignacio Campus Medellín | Entrada libre



Reinaldo Spitaletta **Ricardo Aricapa**

Conversan con la periodista Gisela Posada sobre la Medellín de hoy, a la luz de sus libros: **Medellín es así y Medellín, ¡cómo te siento!**



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

57

Páginas abiertas: tuyo es mi corazón

Día: 8 de abril

Hora: 6:30 p. m.

Lugar: Paraninfo Universidad de Antioquia

Invita: Programa Cultura Centro

Más información en: <https://tinyurl.com/PaginasAbiertasPCC>

Cátedra Tomás Carrasquilla: Alexis y el tratado del inútil combate

Día: 23 de abril

Hora: 10:00 a. m.

Lugar: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, auditorio planta baja

Invita: Sistema de Bibliotecas

Hablemos de Habitantes del Museo: caracterización bioantropológica de dos momias del MUUA

Día: 23 de abril

Hora: 4:00 p. m.

Lugar: MUUA, bloque 15, auditorio 301

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Cuidar el fuego: Bibliotecas y archivos como refugios para la juntanza

Día: 24 de abril

Hora: 4:00 p. m.

Lugar: bloque 12 piso 3, CRAII

Invita: Escuela Interamericana de Bibliotecología

Cátedra Lectores y lecturas: Daniel Ferreira y la narrativa de la memoria

Día: 28 de abril

Hora: 10:00 a. m.

Paula Marín conversa con Diego Leandro Garzón Agudelo

Lugar: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, auditorio planta baja

Cátedra Tomás Carrasquilla: Memorias de Adriano

Día: 30 de abril

Hora: 2:00 p. m.

Lugar: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, auditorio planta baja

Invita: Sistema de Bibliotecas

Talleres

Taller de encuadernación

Hora: 2:00 p. m.

Lugar: bloque 12, piso 3

Invita: Escuela Interamericana de Bibliotecología

Taller de fanzine textil: Revelaciones de lo cotidiano

Día: 23 de abril

Hora: 4:00 p. m.

Lugar: Casa de la Música (Terraza)

Invita: Escuela Interamericana de Bibliotecología

Taller: Contra relatos de la guerra: poesía para la paz en la biblioteca

Casa de la música

Día: 24 de abril

Hora: 6:00 p. m.

Lugar: bloque 12, piso 3, CRAIL

Invita: Escuela Interamericana de Bibliotecología

Visitas guiadas

Conoce todo lo que necesitas saber para programar tu visita presencial al MUUA. En compañía de nuestros mediadores, dialogaremos alrededor de nuestras colecciones.

¡Te esperamos!

Toda la información aquí: <https://tinyurl.com/VisitasMUUA>

Conoce toda la información y orientaciones para programar tu visita por el Campus Medellín, Ciudad Universitaria

Toda la información aquí: <https://tinyurl.com/VisitaCampusPGC>

Exposiciones

Colección de Antropología “Graciliano Arcila Vélez”

Sala de larga duración de la colección de Antropología

Lugar: Bloque 15, Museo Universitario UdeA (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Colección de Ciencias Naturales “Francisco Antonio Uribe Mejía”

Sala de larga duración de la colección de Ciencias Naturales

Lugar: Bloque 15, Museo Universitario UdeA (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Inter-Acciones. Una exposición en alianza con CIFO

Fecha: al 4 de abril de 2025

Lugar: Bloque 15, Museo Universitario UdeA (MUUA)

Música en Esencia: Un homenaje a la maestra del piano

Fecha: al 3 de abril de 2025

Hora: 10:00 a.m.

Lugar: Pasillos del primer patio del Edificio San Ignacio

Invitan: Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, Biblioteca

Pública Piloto, Universidad de Antioquia y Metro de Medellín

Un retrato soñado: acercamiento al legado de las tarjetas de visita de la Colección de Artes e Historia del MUUA

Fecha: al 9 de mayo de 2025

Lugar: Sala de Exposiciones, Edificio San Ignacio, UdeA

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Terracota: La expresión del artesano de Ráquira en el barro

Fecha: al 28 de junio de 2025

Lugar: Hall, segundo piso, Edificio de Extensión UdeA

Invita: División de Cultura y Patrimonio

05 *Museología para niños*
Pensamientos sobre las piedras
10:30 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita
Títeres en escena
Obra: Inocencio preguntón y el sistema solar
11:30 a. m. / MUUA 15-301 / Actividad gratuita

12 *Tallernautas*
Taller: Gafas para la nieve
10:30 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita

26 *MUUAcción*
Actividad: Héroes y heroínas: Historias de personajes valientes
11:30 a. m. / Biblioteca Carlos Gaviria Díaz / Actividad gratuita



Cine

“Medusa Deluxe”, Thomas Hardiman, Reino Unido, 2022, 101’

Ciclo: “Desafíos”

Día: 1 de abril

Hora: 4:30 p. m. // Cineclub La mirada distante

Lugar: Sala de cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Departamento de Antropología

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Fallen Angels”, Wong Kar-wai, China, 1995, 99’

Ciclo: “Cine asiático”

Día: 1 de abril

Hora: 6:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Yannick”, Quentin Dupieux, Francia, 2023, 67’

Ciclo: “Narrativas escénicas en el cine”

Día: 1 de abril

Hora: 6:00 p. m. // Cineclub Martes de cine

Lugar: Centro Cultural Facultad de Artes UdeA

Cra 64B # 51- 64 barrio Carlos E. Restrepo

Organizan: Facultad de Artes y cinEncuadre colectivo

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Looper”, Rian Johnson, Estados Unidos, 2012, 118’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”

Día: 2 de abril

Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“La batalla de Chile I: La insurrección de la Burguesía”,

Patricio Guzmán, Chile, 1975, 100’

Ciclo: “La dictadura en Chile”

Día: 2 de abril

Hora: 4:00 p. m. // CineClub Utopía Latinoamericana

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“El chacal de Nahueltoro”, Miguel Littin, Argentina, 95’

Ciclo: “Cine argentino”

Día: 3 de abril

Hora: 3:00 p. m. // KXVRX Cineclub

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: KXVRX colectivo

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Parasite”, Bong Joon-ho, Corea del Sur, 2019, 132’

Ciclo: “Cine asiático”

Día: 3 de abril

Hora: 6:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Beggars of life”, William A. Wellman, Estados Unidos, 1928, 91’

Ciclo: El sueño del gesto

Día: 3 de abril

Hora: 6:00 p. m. // Cine Foro “En construcción”

Lugar: Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Instituto de Filosofía

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“X-Men: Días del futuro pasado”, Bryan Singer, Estados Unidos, 2014, 130’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”

Día: 4 de abril

Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Bailarina en la oscuridad”, Lars von Trier, Dinamarca, 2000, 140’

Ciclo: Directores del cine europeo

Día: 4 de abril

Hora: 4:00 p. m. // Ciclo de cine Ver y leer

Lugar: Auditorio de la planta baja. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Organiza: Sistema de Bibliotecas. Vicerrectoría de Docencia

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Ocurrió cerca de tu casa” [Subtítulos en español], Rémy Belvaux-André Bonzel- Benoît Poelvoorde, Bélgica, 1992, 96’

Ciclo: Directores del cine europeo

Día: 7 de abril

Hora: 4:30 p. m. // El Gabinete

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: El Gabinete

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Mambo Cool”, Chris Gude, Colombia, 2013, 62’

Ciclo: “Desafíos”

Día: 8 de abril

Hora: 4:30 p. m. // Cineclub La mirada distante en alianza con

el Cineforo Pirata y Fuego Inextinguible

Lugar: Sala de cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Departamento de Antropología

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Billy Elliot”, Stephen Daldry, Francia, Reino Unido, 2000, 110’

Ciclo: “Cine asiático”

Día: 8 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Cineclub Martes de cine
Lugar: Centro Cultural Facultad de Artes UdeA
Cra 64B # 51- 64 barrio Carlos E. Restrepo
Organizan: Facultad de Artes y cinEncuadre colectivo
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Videografía de los Beastie Boys”, múltiples directores, 60’

Ciclo: “Videografía de los Beastie Boys”
Día: 9 de abril
Hora: 2:00 p. m. // Soundieclub
Lugar: Auditorio Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Comunicaciones y Filología /
Comunicación Audiovisual y Multimedial
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“El efecto mariposa”, Eric Bress y J. Mackye Gruber, Estados Unidos, 2004, 113’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”
Día: 9 de abril
Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“La batalla de Chile II: El golpe de estado”, Patricio Guzmán, Chile, 1976, 90’

Ciclo: “La dictadura en Chile”
Día: 9 de abril
Hora: 4:00 p. m. // CineClub Utopía Latinoamericana
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“La película del rey”, Carlos Sorín, Argentina, 107’

Ciclo: “Cine argentino”
Día: 10 de abril
Hora: 3:00 p. m. // KXVRX Cineclub

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Perfect Days”, Wim Wenders, Japón, 2023, 125’

Ciclo: “Cine asiático”
Día: 10 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Die Puppe”, Ernst Lubitsch, Alemania, 1919, 66’

Ciclo: El sueño del gesto
Día: 10 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Cine Foro “En construcción”
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Volver al futuro II”, Robert Zemeckis, Estados Unidos, 1989, 105’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”
Día: 11 de abril
Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Cinema paradiso”, Giuseppe Tornatore, Italia, 1988, 155’

Ciclo: Directores del cine europeo
Día: 11 de abril
Hora: 4:00 p. m. // Ciclo de cine Ver y leer
Lugar: Auditorio de la planta baja. Biblioteca Carlos Gaviria Díaz
Organiza: Sistema de Bibliotecas. Vicerrectoría de Docencia
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Una segunda madre” [Subtítulos en español],
Anna Muylaert, Brasil, 2015, 112’**

Ciclo: “Interciclo”
Día: 21 de abril
Hora: 4:30 p. m. // El Gabinete
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: El Gabinete
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Mapa de los sonidos de Tokio”, Isabel Coixet, Japón/
España, 2009, 109’**

Ciclo: “Desafíos”
Día: 22 de abril
Hora: 44:30 p. m. // Cineclub La mirada distante
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Departamento de Antropología
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“The boy and the heron”, Hayao Miyazaki, Japón, 2023, 124’

Ciclo: “Cine asiático”
Día: 22 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Vanya on 42nd Street” (Vania en la calle 42), Louis Malle,
Estados Unidos, Reino Unido, 1994, 120’**

Ciclo: “Narrativas escénicas en el cine”
Día: 22 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Cineclub Martes de cine
Lugar: Centro Cultural Facultad de Artes UdeA,
Cra 64B # 51- 64 barrio Carlos E Restrepo
Organizan: Facultad de Artes y cinEncuadre colectivo
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Videoclips como Firma Estética”, múltiples directores, 60’

Ciclo: “Videoclips como Firma Estética”
Día: 23 de abril
Hora: 2:00 p. m. // Soundieclub
Lugar: Auditorio Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Comunicaciones y Filología,
Comunicación Audiovisual y Multimedial
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Cuestión de tiempo”, Richard Curtis, Reino Unido, 2013, 123’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”
Día: 23 de abril
Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Salvador Allende”, Patricio Guzmán, Chile,
2004, 104’**

Ciclo: “La dictadura en Chile”

Día: 23 de abril
Hora: 4:00 p. m. // CineClub Utopía Latinoamericana
Lugar: Auditorio Luis Alberto Álvarez (10 – 217)
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Libros y nubes” Pensar bibliotecas desde una
cosmovivencia andina. Proyección película de la Red de
Bibliotecas Rurales de Cajamarca, Perú**

Día: 23 de abril
Hora: 6:00 p. m.
Lugar: Parque de la Resistencia (Parque de los Deseos)
Invita: Escuela Interamericana de Bibliotecología

**“Cuando acecha la maldad”, Damian Bugna,
Argentina, 107’**

Ciclo: “Música y documental”
Día: 24 de abril
Hora: 3:00 p. m. // KXVRX Cineclub
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Memoria”, Apichatpong Weerasethakul, Colombia,
2021, 136’**

Ciclo: “Cine asiático”
Día: 24 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Das Cabinet des Dr. Caligari”, Robert Wiene,
Alemania, 1920, 71’**

Ciclo: El sueño del gesto
Día: 24 de abril
Hora: 6:00 p. m. // Cine Foro “En construcción”
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“12 monos”, Terry Gilliam, Estados Unidos, 1995, 130’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”
Día: 25 de abril
Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio
Organiza: Administración Edificio San Ignacio
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

**“Muerte en Venecia”, Luchino Visconti, Italia / Francia,
1971, 130’**

Ciclo: Directores del cine europeo
Día: 25 de abril
Hora: 4:00 p. m. // Ciclo de cine Ver y leer
Lugar: Auditorio de la planta baja, Biblioteca Carlos
Gaviria Díaz

Organiza: Sistema de Bibliotecas. Vicerrectoría de Docencia
Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Rashomon” [Subtítulos en español], Akira Kurosawa, Japón, 1950, 88’

Ciclo: “Interciclo”

Día: 28 de abril

Hora: 4:30 p. m. // El Gabinete

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: El Gabinete

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Las lecciones de Blaga”, Stephan Komandarev, Bulgaria, 2023, 114’

Ciclo: “Desafíos”

Día: 29 de abril

Hora: 4:30 p. m. // Cineclub La mirada distante

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Departamento de Antropología

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“In the mood for love”, Chow Mo-Wan, China 2000, 98’

Ciclo: “Cine asiático”

Día: 29 de abril

Hora: 6:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Isadora”, Karel Reisz, Francia, Reino Unido, 1968, 71’

Ciclo: “Narrativas escénicas en el cine”

Día: 29 de abril

Hora: 6:00 p. m. // Cineclub Martes de cine

Lugar: Centro Cultural Facultad de Artes UdeA

Cra 64B # 51- 64 barrio Carlos E. Restrepo

Organizan: Facultad de Artes y cinEncuadre colectivo

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Medianoche en París”, Woody Allen, Estados Unidos, 2011, 96’

Ciclo: “Viajes en el tiempo”

Día: 30 de abril

Hora: 4:00 p. m. // Tardes de cine en el Paraninfo

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Organiza: Administración Edificio San Ignacio

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

“Desaparecidos”, Costa-Gavras, Estados Unidos, 1982, 122’

Ciclo: “La dictadura en Chile”

Día: 30 de abril

Hora: 4:00 p. m. // CineClub Utopía Latinoamericana

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Link: <https://bit.ly/41WMZNP>

Teatro

Grupo Teatral La Parla / La memoria del viento

Día: 24 de abril

Hora: 6:00 p. m.

Lugar: Teatro Universitario

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Otras alternativas

En casa de las palabras

Programa Radial

Día: Todos los lunes

Hora: 09:00 p. m.

Lugar: Emisora Cultural UdeA /101.9 FM

Invita: Sistema de Bibliotecas

Caminá el Patrimonio

Día: Todos los jueves

Hora: 3:00 p. m.

Lugar: Paraninfo Universidad de Antioquia

Invita: Programa Cultura Centro

Tintero: Un espacio dedicado a la reflexión crítica en torno a la colección de prensa

Día: 3 de abril

Hora: 10:00 a. m.

Lugar: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Sala Patrimonial

Invita: Sistema de Bibliotecas

Caminá el Patrimonio: en alemán

Día: 4 de abril



Hora: 10:00 a. m.
Lugar: Paraninfo Universidad de Antioquia
Invita: Programa Cultura Centro

Palabras que cuentan: de 1984 a la realidad contemporánea

Día: 9 de abril
Hora: 3:00 p. m.
Lugar: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, primer piso
Invita: Sistema de Bibliotecas

La Canasta de la U, Mercado Agroecológico

Día: 11 de abril
Hora: 8:00 a. m. a 3:00 p. m.
Lugar: Ciudad Universitaria
Invita: Corporación Académica Ambiental
Enlace: <https://bit.ly/4h6iUR10>

Trueque Literario

Día: 12 de abril
Hora: 10:00 a. m. a 6:00 p. m.
Lugar: bloque 12 piso 3
Invita: Escuela Interamericana de Bibliotecología

La Canasta de la U, Mercado Agroecológico

Día: 24 de abril
Hora: 9:00 a. m. a 3:00 p. m.
Lugar: Ciudadela Robledo
Invita: Corporación Académica Ambiental
Enlace: <https://bit.ly/4h6iUR10>

La Canasta de la U, Mercado Agroecológico

Día: 25 de abril
Hora: 8:00 a. m. a 3:00 p. m.

Lugar: Ciudad Universitaria
Invita: Corporación Académica Ambiental
Enlace: <https://bit.ly/4h6iUR10>

Tardes en la casa: Compositoras italianas del barroco

Día: 28 de abril
Hora: 5:00 p. m.
Lugar: Casas del Bachillerato Nocturno
Invita: Programa Cultura Centro

Caminá el Patrimonio: Las hojas por leer

Día: 29 de abril
Hora: 4:00 p. m.
Lugar: Paraninfo Universidad de Antioquia
Invita: Programa Cultura Centro

Nombremos una vida

Día: 30 de abril
Hora: 10:00 a. m.
Lugar: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, costado
Invita: Sistema de Bibliotecas

Música

Música y poesía bajo las estrellas: De la tierra a la luna

Día: 10 de abril
Hora: 6:30 p. m.
Lugar: Frontis del Museo Casa de la Memoria
Invita: Programa Cultura Centro

63

Extensión Cultural
#UdeACultura

Visita temática
Picos, alas y plumas:
Descubramos quién canta en la U

Abril
26
2025
Sábado
10:00
a.m.

Bloque 16
Punto de información
Campus Medellín
Ciudad Universitaria

Extensión Cultural

#UdeACultura

Biclo de Conciertos:
Maestros UdeA

Orquesta EnPúa

Cuerda pulsada - Cuerda percutida

Pianistas invitados:

Luis Gabriel Mesa Martínez | Jorge Hernán Gómez Betancur

Director: Germán Posada

Abril

01

2025

Martes

6:00

p. m.

Sala de Artes Performativas

Teresita Gómez

Ciudad Universitaria

Campus Medellín

Entrada libre hasta completar aforo

EnPúa

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Facultad de Artes

45 años

Extensión Cultural

#UdeACultura

MÚSICA

Jalupe

"Cada vida una historia"

Banda Sinfónica Nacional de Colombia

Director: Luis Serrano Alarcón

Abril

5

2025

Sábado

11:00

a.m.

Teatro Universitario

Ciudad Universitaria

Campus Medellín

Entrada libre sin boleta hasta completar aforo

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Banda Sinfónica Nacional de Colombia

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Extensión

Facultad de Artes

Extensión Cultural

#UdeACultura

Red de Músicas Medellín

Tocando en la U

BANDA SINFÓNICA JUVENIL

Retreta 1811

Abril

12

2025

Sábado,

11:00

a. m.

Teatro Universitario

Ciudad Universitaria

Campus Medellín

Entrada libre hasta completar aforo

En alianza con:

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Extensión

Alcaldía de Medellín

Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



Museo
Abierto



Busto Alberto Vasco Uribe

Socorro Millán. Bronce. 0.65 x 0.64 x 0.64 m. 2001. Patio posterior
Facultad de Salud Pública Universidad de Antioquia.

- 1** Editorial
Con la misma vara
Jenny Giraldo García
- 4** Adentro contra mundo
Margarita Valencia
- 8** Artes textiles, costureros de mujeres y memorias del duelo en Colombia y Antioquia
Sebastián Alejandro Marín Agudelo
- 13** Sonia Martínez... arquitecta de su propio destino
Luz Patricia Vargas Vergara
- 19** María Martínez de Nisser: testigo y protagonista
Érika Molina Gallego
- 24** Cantarina de la rosa
Primer premio y polémica nacional: ¿Mujer o masculinización del arte?
María Cecilia Ríos Mesa
- 27** Biblioteca de Escritoras Colombianas: qué viene en la segunda entrega
Ana Lucía Barros

De creación literaria

- 32** El niño de la casa
Salomé Cantillo H.
- 36** El intocable
Gabriela García de la Torre
- 40** Un puñado de arena
Ana Catalina Córdoba Arango
- 47** Tres poemas de agua
Paloma Pérez Sastre
- 48** La caricia de una rosa
Ana María López
- 50** La templada
Marta Catalina Acosta Acosta
- 54** Morriña
Diana Marcela Muñoz Molina
- 57** Programación cultural

